

LA BOMBA MAXIMA

glenn parrish

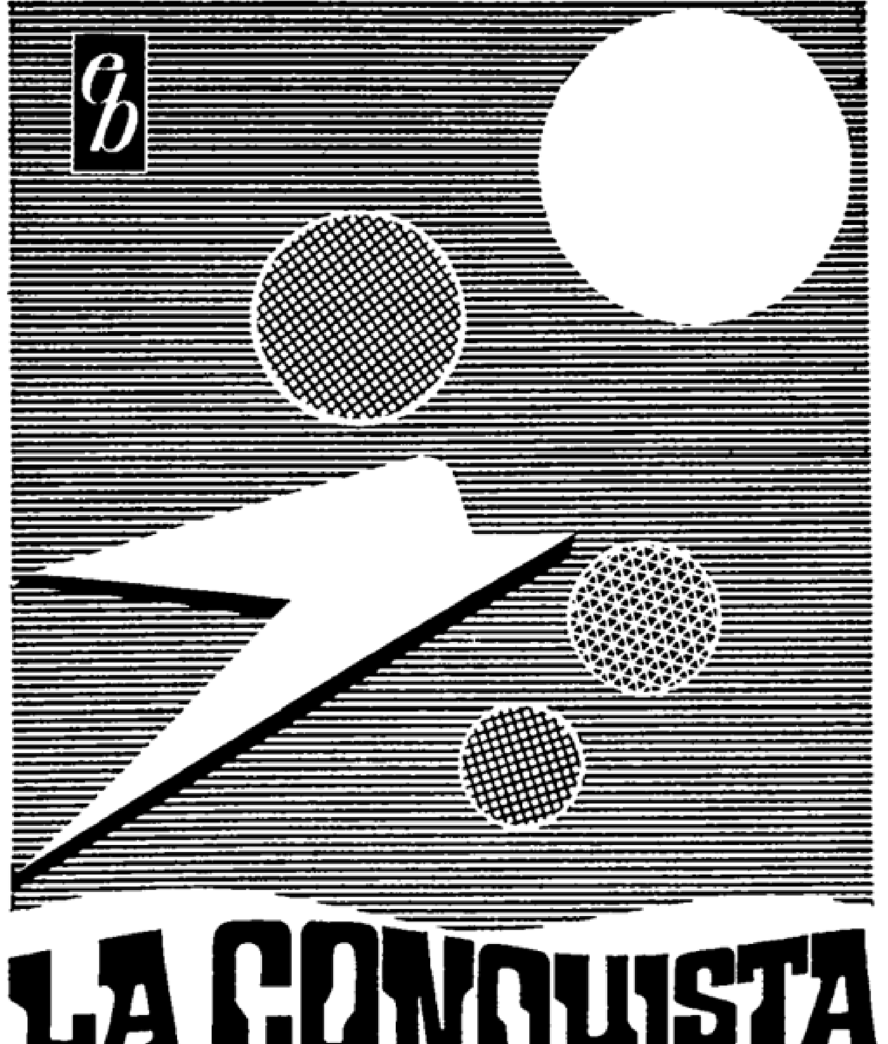
CIENCIA FICCION



LA BOMBA MAXIMA

glenn parrish

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

326.— *¿Me das fuego, marciano?* — Joseph Berna.

327.— *Kamikaze espacial* — Ralph Barby.

328.— *Plasma viviente* — Marcus Sidereo.

329.— *La noche de: América agonizante* — Curtis Garland.

330.— *Esclavos de las mujeres* — Ray Lester.

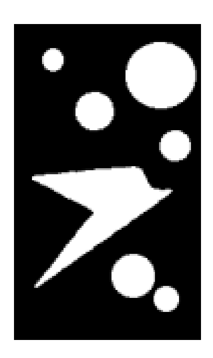
GLENN PARRISH

LA BOMBA MAXIMA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 331

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 40.153 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1976

CAPÍTULO PRIMERO

—Me pregunto para qué diablos querrá el embajador una entrevista con tanta urgencia —dijo en son de queja Albert Douavier, Presidente del Gobierno terrestre.

—Lo siento, Excelencia, pero no he podido arrancarle una sola sílaba acerca de los motivos de tal solicitud. No obstante, presumo que debe de ser de enorme importancia, ya que de otro modo no habría actuado ignorando o poco menos el protocolo.

La respuesta procedía de Jack N'Bomo, ministro de asuntos extraterrestres. Según los deseos expresados por el embajador solicitante, en la entrevista sólo deberían hallarse el presidente y su ministro. El embajador, por su parte, sólo llevaría a su primer secretario.

Douavier y N'Bomo se devanaban los sesos, tratando de averiguar los motivos de la solicitud.

—En modo alguno pienso que pueda tratarse de una guerra —dijo el presidente—. Entre Syppharion y la Tierra no hay motivos ahora para un conflicto bélico, máxime si pensamos que la distancia entre ambos planetas es de unos cuarenta y dos años luz.

—Ese conflicto resultaría absurdo —convino el ministro—. Lo más que se podría conseguir sería la destrucción de unas cuantas astronaves. Ni las nuestras ni las syppharianas conseguirían franquear las barreras de defensa para lanzar sus proyectiles...

Douavier agitó la mano.

—Jack, no disparatemos. Lo más probable es que el embajador quiera anunciarnos la llegada de un personaje de categoría. Por ejemplo, algún hermano del emperador de Syppharion, que quiere visitar la Tierra de incógnito. Esas cosas se suelen hacer por medio de las embajadas...

La puerta del vasto salón se abrió de pronto y un ayudante uniformado anunció:

—Su excelencia el embajador de Syppharion, honorable señor T. Thoss.

Douavier salió al encuentro del recién llegado.

—Mi querido embajador —dijo afectuosamente.

Thoss hizo una profunda reverencia.

—Excelencia —murmuró—. Señor ministro...

N'Bomo hizo un ligero movimiento de cabeza.

A N'Bomo no le había gustado nunca aquel individuo. Thoss era un sujeto altísimo, de dos metros, delgado y de ojos vivos y penetrantes. Ahora llevaba lo que él decía era el traje nacional sypphariano: bonete cilíndrico, muy plano, con rayas de vivos colores azul, rojo, amarillo y marrón y larga túnica blanca, orlada de los mismos colores. Pero la diplomacia obligaba a sonreír allá donde, de buena gana, se hubiese empleado el pie para echar al sujeto detestado.

Detrás de Thoss aparecía otro sujeto que tenía casi la misma estatura, aunque el rostro era mucho más delgado. El secretario Grol parecía sólo piel y huesos.

—Señor, gracias por haber accedido a recibirme —dijo Thoss—. Actúo en nombre de mi gobierno, por supuesto, y eso es lo que motiva mi solicitud de esta entrevista, ya que debo entregarle una comunicación verbal muy importante, en nombre de mi gobierno, repito.

—Bien, hable, embajador —invitó el presidente.

—Excelencia, con su permiso quisiera antes proyectar unas imágenes, a fin de ilustrar mejor la comunicación de que he sido encargado de transmitir por mi gobierno.

Douavier y su ministro cambiaron una mirada de sorpresa. ¿Qué diablos pretendía el gobierno de Sypphariοn?

—Está bien, adelante, señor embajador —dijo por fin el presidente.

Thoss hizo un gesto con la mano. El secretario se adelantó con la pequeña maleta que había traído consigo y que depositó sobre una mesa. Presionó un resorte y la maleta, al abrirse, dejó a la vista un proyector.

Luego, en uno de los costados del mismo, introdujo un cartucho de cinta de video. Thoss dijo:

—Puesto que se trata de una proyección, convendría correr las cortinas.

El despacho del presidente era una enorme habitación, una de cuyas paredes era enteramente de cristal y daba a los jardines de la residencia presidencial. N’Bomo se acercó a uno de los muros y las cortinas finas primero y luego las gruesas se corrieron automáticamente.

Al mismo tiempo, Grol encendió el proyector, alimentado por pila. Las paredes del despacho eran de un suave color amarillo muy pálido, el preferido del presidente lo que evitaba el uso de pantalla. Un rectángulo de cuatro metros de lado por tres de alto se hizo visible en el acto.

—Ruego a sus excelencias se pongan cómodos, por favor —dijo Thoss.

Douavier y N'Bomo tomaron asiento en sendas butacas. Thoss permaneció junto al proyector, que enviara a la pared imágenes de una determinada zona del estado, abundante en estrellas de todos los colores.

La imagen cambió de repente y se vio un planeta, de aspecto parecido a la Tierra.

—Triakkor VI, del Noveno Sistema, según nuestra nomenclatura —explicó el embajador.

La imagen del planeta ocupaba buena parte de la pantalla. De pronto, en uno de los lados de la esfera apareció una enorme nube de polvo luminoso.

Parecía una colosal erupción. La nube se extendió rapidísimamente por todas partes, envolviendo al planeta por completo. Al mismo tiempo, aumentaba su fulgor. A N’Bomo le recordó el fogonazo producido por un poco de polvo de magnesio al arder.

Un minuto después, el resplandor se atenuó hasta desaparecer del todo, aunque quedó una especie de neblina grisácea, a través de la cual, sin embargo, podían verse las estrellas.

—Embajador, ¿qué ha pasado ahí? —exclamó Douavier.

Calmosamente, Thoss se volvió hacia el presidente y su ministro.

—Excelencias, lo que acaban de ver ustedes es, sencillamente, la destrucción de una planeta tipo Tierra —contestó.

* * *

Hubo unos segundos de sorprendido silencio.

Al fin, N'Bomo dijo:

—Tengo entendido que Triakkor VI estaba habitado.

—Sí —confirmó el embajador, impasible y lacónico.

—Entonces, murieron todos sus habitantes —exclamó Douavier.

—Se convirtieron en polvo, excelencia.

—No entiendo nada —dijo el presidente—. ¿Por qué no habla claro de una vez, embajador?

—Excelencia, la destrucción de Triakkor VI se produjo a consecuencia de la ignición de una bomba que, mediante una alteración molecular de los minerales que componían la masa del planeta, los hizo altamente combustibles. Naturalmente, las imágenes que han visto no son sino una proyección acelerada de lo ocurrido. En realidad, el fenómeno duró un par de días, pero aquí lo hemos condensado en unos pocos minutos, mediante una filmación tomada desde una de nuestras naves.

»Por supuesto, cuando los elementos componentes del planeta se hicieron combustibles, los seres vivos, animales y vegetales, ardieron también, junto con la atmósfera. La neblina que ven ahora y que ya se ha disipado en gran parte, no eran sino las cenizas de Triakkor VI.

Douavier se agarró con fuerza a los brazos del sillón.

—Señor embajador, ¿está tratando de decimos que la destrucción de ese planeta fue algo enteramente deliberado? —exclamó.

—Sí, excelencia.

—Pe... pero eso es un crimen horrendo... Cientos de millones de personas murieron...

—El gobierno de Triakkor VI se negó a acceder a nuestros deseos.

N’Bomo se puso en pie.

—Embajador, ¿dónde está la bomba? —preguntó.

Thoss soltó una risita.

—Celebro mucho su perspicacia, señor ministro —dijo—. Sí, efectivamente, hay una bomba, pero no la encontrarán, por mucho

que se esfuercen. Y aunque la encontrasen, no podrían desarmarla. Eso sólo es factible mediante un procedimiento secreto que incluso yo mismo desconozco. Pueden arrasar nuestra embajada en busca de la clave o de planos que permitan localizar la bomba; desde ahora les anticipo que todo cuanto sé acerca de ello está aquí, en el proyector.

A Douavier se le hacía muy difícil contener su indignación.

—Empiezo a sospechar que Syppharion quiere sometemos a un chantaje —exclamó.

—Señor presidente, la bomba, de lo que todo lo más que puedo decir es que se encuentra a algunos centenares de kilómetros de profundidad bajo la superficie de la Tierra, es la garantía del tributo que ustedes nos van a pagar a partir de ahora y que consiste en el uno por mil del producto nacional bruto de cuanto se obtiene en este planeta, por todos los conceptos.

»Ya ven que somos modestos —continuó el impasible embajador —; en realidad, nos conformamos con el cero coma uno por ciento de ese producto planetario bruto. Por supuesto; nombraremos una comisión, que se reunirá con otra nombrada por ustedes, y ambas comisiones acordarán la mejor forma de hacer efectivo ese tributo.

Douavier y su ministro tenían la boca abierta.

—Y si la respuesta fuese negativa, la Tierra ardería como la cabeza de un fósforo —concluyó el embajador.

—Dios mío —exclamó el presidente.

N'Bomo se sentía aterrado.

—Pero la bomba estallaría...—tartamudeó Douavier.

—Mediante una señal emitida por radio, que nada ni nadie sería capaz de interferir —aseguró Thoss—. En Triakkor VI creyeron conseguirlo, pero ya han visto ustedes las consecuencias—. El embajador citó cuatro o cinco planetas más, todos ellos conocidos de sus interlocutores—. Puedo asegurar a sus excelencias que los gobiernos de esos planetas han accedido a pagar el uno por mil de su P.P.B.

—¡Nosotros no...! —Douavier se contuvo en el acto—. No puedo tomar una decisión sin contar con el resto de los miembros de mi gobierno —dijo.

—Es muy lógico, señor. Por eso mismo, les dejo el proyector con

la filmación. Pueden repetirla cuantas veces gusten; sus expertos les dirán, cuando sean consultados, que no se trata de una cosa ficticia, el resultado del departamento de «efectos especiales» de algún estudio cinematográfico. Lo que han visto ustedes es la realidad absoluta de lo que sucedió hace escasamente algunas semanas. Si tampoco se fían de nuestra filmación, envíen astronaves exploradoras; sus tripulantes podrán apreciar sin dificultad la total desaparición de Triakkor VI.

Douavier se volvió hacia N'Bomo.

—Cualquiera que sea la decisión que tomemos, deberá ser mantenida en secreto o se producirían gravísimos desórdenes —dijo.

El ministro asintió.

—Creo lo mismo, señor —contestó—. Nunca me ha gustado ocultar nada a nuestro pueblo, pero ahora las circunstancias...

—Son enteramente distintas. —Thoss sonrió ampliamente—. Cuando hayan tomado una decisión, sírvanse comunicarlo a la embajada con un simple telefonazo. Sí o no, será suficiente. Si la respuesta es afirmativa, como espero, la comunicaré a mi gobierno, para que nombre la comisión que discutirá con la suya el modo más conveniente de abonar el tributo exigido.

Thoss hizo una señal con la mano y se dirigió hacia la puerta, dejando estupefactos a dos terrestres, que no sabían qué hacer ni acertaban a pronunciar palabra. Seguido de su secretario, el embajador se dispuso a salir, pero cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta se volvió.

—Repito que la bomba no puede ser localizada. Pero, aunque lo consiguieran, tampoco podrían desactivarla —se despidió.

Douavier y su ministro se quedaron solos, anonadados, consternados, literalmente abrumados por un desastre que tan sólo media hora antes no hubieran sido capaces siquiera de imaginarse. Al cabo de unos instantes, el presidente dijo:

—Jack, ¿a cuánto asciende actualmente el producto planetario bruto?

—Según los últimos informes y en cifras redondas, unos nueve mil billones, excelencia.

—Por tanto, el uno por mil...

—Nueve billones, esto es, la cifra nueve seguida de doce ceros.

Douavier se desplomó en su sillón.

—Me pregunto cómo habrán podido hacerlo —gimió.

—Hace muchos años ya que establecimos relaciones plenas con Sypptharion —contestó el ministro—. Les ha sobrado tiempo para colocar su bomba sabe Dios dónde.

—¿Hemos de acceder a esas intolerables exigencias, Jack?

—Mucho me temo que sí, señor. Estamos atados de pies y manos...

—Habrá que llamar al Servicio Secreto.

—Excelencia, lo primero que debemos hacer es reunir al gabinete y comunicarles la situación. Usted no puede tomar una decisión por sí solo; esto es algo que se debe hacer de común acuerdo y, naturalmente, por unanimidad. Pero al mismo tiempo le sugiero la conveniencia de guardar el máximo secreto. Las cosas que podrían ocurrir si la gente se enterase de lo que sucede... prefiero no imaginármelo, señor, porque se me pondrían los pelos de punta.

De pronto, N’Bomo se echó a reír.

—Ojalá se hiciese realidad esa frase —añadió, mientras se acariciaba su crespa cabellera—. Si se me pusieran los pelos de punta, al caer se me quedarían lisos, como los suyos, señor presidente.

Douavier lanzó un bufido.

—Jack, éstos no son momentos para bromas —dijo.

—Cierto —convino el ministro—. Pero se me está ocurriendo una idea...

—¿Sí? —preguntó Douavier, ansiosamente.

—Los terrestres no somos tontos, señor. Y opino que en lugar de enviar a un batallón de agentes a buscar la bomba, deberíamos emplear a uno solo. Con paciencia y astucia...

Seis meses más tarde, el Servicio Secreto terrestre tenía que lamentar las bajas de seis de sus mejores agentes, muertos en circunstancias misteriosas, sin haber conseguido el menor resultado y sin que el jefe del organismo hubiese dado la menor explicación de lo ocurrido a nadie, salvo al propio presidente y al ministro N’Bomo.

Douavier y N'Bomo se convencieron de que si querían que la

Tierra siguiese flotando en el espacio, la Tierra tendría que pagar.

CAPÍTULO II

El periódico era viejo de varios días. Un tanto aburrido, Darcy Fronn lo cogió y leyó algunas de las noticias.

Una de ellas se refería a la próxima llegada del embajador extraordinario, y plenipotenciario de Syppharion, S. de Hyd. Pero estaba en una de las páginas interiores y perdida entre un cúmulo de noticias de todas clases. Darcy no le concedió la menor importancia y, al cabo de unos minutos, dejó el periódico en una papelera cercana.

Luego volvió al banco en que estaba cómodamente sentado, a la sombra de unos tilos y frente a un estanque en el que se movían perezosamente algunos cisnes. Hacía un día maravilloso y las flores del jardín estallaban en colores de todas clases. Desde unos metros de distancia, llegaba el penetrante perfume de un magnolio en flor.

De pronto, Darcy recordó algo. Sacó una bolsita y extrajo de ella un puñado de miguitas de pan, que esparció por el sendero. Una bandada de palomas descendió a los pocos momentos y empezó a picotear las migas. Darcy, en aquellos momentos y pese a su desastrado aspecto, era un hombre feliz.

Un guardia de uniforme pasó y le dirigió una mirada recelosa, mientras balanceaba su porra de madera de fresno. «Todavía hoy, en pleno siglo XXIV», pensó Darcy.

El guardia, finalmente, se alejó, sin molestarle. Darcy vació la bolsita, hizo con ella una pelota y la lanzó a la papelera, con perfecta puntería. Luego hurgó en sus bolsillos y consiguió encontrar un cigarrillo y una tira de fósforos. No era especialmente aficionado al tabaco, pero, de cuando en cuando, le agradaba un cigarrillo.

De pronto, una encantadora joven pasó por su lado y le dirigió una amable sonrisa.

—Hola —dijo ella.

—Hola —contestó Darcy.

Ella tenía el pelo intensamente negro, partido en dos y recogido a ambos lados del perfecto óvalo de su rostro, lo que permitía ver los rosados lóbulos de sus orejas. El traje de una sola pieza que vestía la obligaba a llevar un bolso colgado del hombro izquierdo.

Era muy esbelta, apreció Darcy. Poseía una figura como había visto pocas veces. Pero, al mismo tiempo, apreció algo que le hizo menear la cabeza.

—Ese traje le está pequeño, señorita.

Ella se volvió vivamente.

—No creo que le importe mucho —contestó, un tanto enojada.

—Dispense, era sólo un comentario...

La joven estudió unos instantes al sujeto que tenía frente a sí, sentado indolentemente en un banco, con las ropas raídas, el pelo demasiado largo y la barba de tres o cuatro días. Se preguntó si sería un mendigo.

—No parece que entienda mucho de vestidos, a juzgar por su indumentaria —dijo ácidamente.

—Lo siento —contestó Darcy.

Ella dio unos pasos. De pronto, se detuvo ante un macizo de flores, situado casi a espaldas de Darcy.

—Cuidado, está prohibido coger flores, señorita.

—¿Cree que me dirían algo por una sola? ¡Son preciosas!

Darcy se encogió de hombros y siguió fumando. Súbitamente, oyó un ruido extraño, seguido de un chillido femenino.

Inmediatamente, se puso en pie. La chica estaba al otro lado de un macizo, casi tan alto como ella, con el rostro del color de las guindas maduras.

—¿Qué le sucede, señorita?

—Esto... Oh... —ella estaba a punto de echarse a llorar—. Usted tenía razón; el traje era demasiado ajustado. Me he agachado y se ha rasgado por... por...

Darcy contuvo una sonrisa.

—He aquí lo que podría calificarse de incómoda situación—dijo —. Pero no sé qué puedo hacer en su obsequio...

Ella descolgó su bolso, lo abrió y sacó unos billetes.

—Creo que hay una tienda de modas frente a la salida más

próxima del parque. Tráigame un vestido, talla cuarenta y dos, más o menos como éste —solicitó.

Darcy contempló los billetes. Eran de mil «garants» cada uno.

Devolvió tres de los cuatro que ella le había entregado.

—Sobra dinero —dijo escuetamente.

—Por favor, dese prisa—rogó la chica.

—Sí, desde luego.

Darcy se marchó, para regresar con un paquete en las manos, antes de un cuarto de hora. La muchacha continuaba en el mismo sitio y sonrió al verle.

—Es usted honrado —dijo.

—Claro. ¿Acaso creía que era un ladrón? —se sorprendió Darcy.

Ella se mordió los labios.

—Dispense, no quise ofenderle. Por favor, vuélvase —rogó.

Darcy obedeció. Minutos más tarde, la chica se hizo visible.

—No sé cómo darle las gracias —dijo—. Este tipo de vestidos me gustan mucho, pero no pude resistir la tentación de comprar uno demasiado ajustado...

—No tiene importancia, señorita. Ah, el traje costó doscientos veinte «garants».

Ella alargó una mano.

—Quédese la vuelta, se lo ruego —dijo con acento persuasivo.

—Pero...

—Por favor, acéptelo como un obsequio. No piense que se trata de una limosna. Me ha hecho un gran favor y quiero corresponderle.

—Bien, siendo así, no tengo nada que objetar. Muchas gracias, señorita.

—A usted. Buenos días.

La hermosa morena se alejó, caminando por el sendero. Darcy la siguió con la vista, hasta que desapareció al otro lado de unos

arbustos. Entonces, dio una zapateta de alegría.

—Vaya, ya tengo solucionados mis problemas para una temporada —se dijo, pensando en los setecientos ochenta «garants» que tenía en el bolsillo.

Lo primero que hizo fue acudir a su Banco, en donde ingresó setecientos «garants» en su cuenta corriente. Luego pidió una liquidación del saldo.

La computadora trabajó activamente. Al cabo de un minuto, Darcy vio que había pagado los dos meses de alquiler que debía, la luz, el agua y el impuesto de televisión. También apreció que en todas las cuentas había un recargo extraordinario del 0,1 %.

—Oiga, ¿a qué diablos se debe éste recargo?

El empleado se encogió de hombros.

—Órdenes del gobierno —contestó secamente.

En realidad, el monto del impuesto no representaba gran cosa. En los setecientos «garants» recién ingresados, se le descontaban ya siete. Pero Darcy no podía eludir un comentario ineludible en semejantes circunstancias:

—El gobierno ya no sabe de dónde sacar el dinero.

—Y usted que lo diga —suspiró el empleado.

—Acabo de decirlo —rió Darcy, extrañamente contento por el encuentro con la bella morena, de la que, súbitamente, recordó que ni siquiera sabía su nombre.

Pero había representado una valiosa ayuda para él. Ahora, una vez saldadas sus deudas, tenía casi trescientos «garants» en la cuenta y ochenta en el bolsillo. Silbando alegremente, se encaminó en busca de un lugar donde acallar los gritos de protesta de su estómago.

* * *

Una semana más tarde, Darcy Fronn se arriesgó a comprar un periódico, por la módica suma de cinco centésimos de «garant». En primera plana había una noticia, acompañada de una fotografía, que le dejó estupefacto.

En la fotografía se hallaba perfectamente reproducido el rostro de la guapa muchacha que había comprado un traje demasiado pequeño.

La noticia decía que la embajadora de Syppharion presentaría aquel mismo día sus cartas credenciales al presidente del gobierno terrestre.

El nombre de la embajadora era S. de Hyd.

—Quién lo hubiera dicho —murmuró Darcy, completamente desconcertado.

Ahora comprendía el desconocimiento de la joven respecto al valor de ciertos artículos. Posiblemente, el vestido pequeño había sido comprado a crédito, sin que ella se preocupase siquiera de su valor. Ello explicaba que le hubiese dado cuatro billetes de a mil.

—Me gustaría ser presidente, palabra.

Pero rectificó en el acto. Por nada del mundo querría las complicaciones que acarreaba inevitablemente un cargo de semejante naturaleza. Precisamente, hacía algunas semanas, había abandonado uno de menor responsabilidad, lo cual, si bien le había acarreado notables perjuicios económicos, le había dado, en cambio, una gran paz a su espíritu.

Durante algunos días, Darcy siguió la pista a la embajadora a través de los diarios. Recepciones, visitas de cortesía, entrevistas, agasajos… Luego, de repente, cierto oscuro instinto, en el que solía confiar muchas veces, le hizo encaminarse al mismo banco del parque.

La embajadora apareció una hora más tarde.

—Hola —saludó, con hechicera sonrisa.

Darcy la contempló embobado. Ella vestía ahora un sencillo trajecito de color amarillo, con falda muy corta y sandalias a juego, de medio tacón. La joven ofrecía un aspecto radiante, lleno de atractivos.

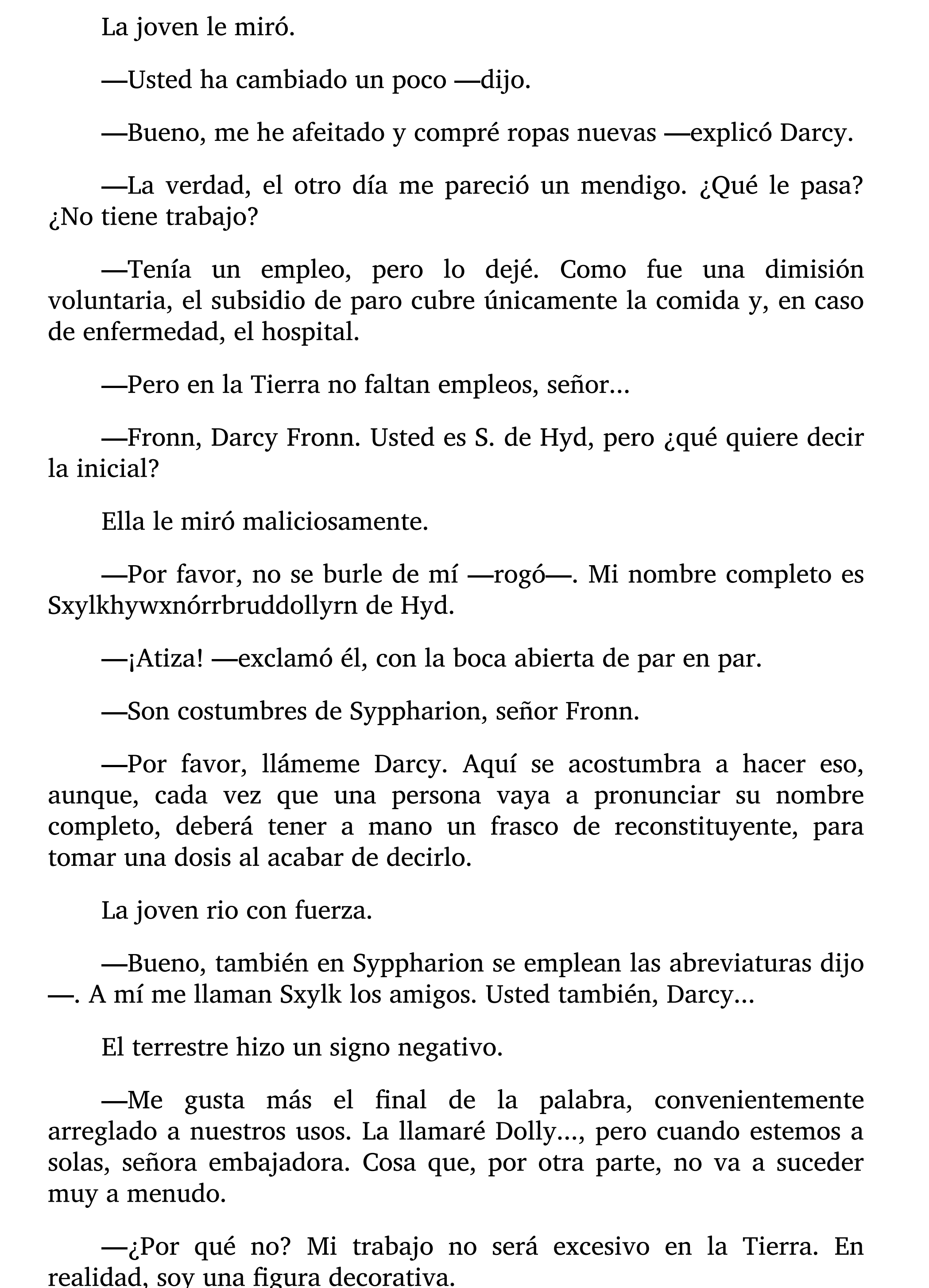
Darcy se puso en pie.

—El otro día yo ignoraba…

Ella se echó a reír.

—No le dije mi nombre —manifestó—. En realidad, estaba de incógnito, aunque, como puede comprender, el gobierno de la Tierra ya conocía mi llegada a este planeta. Pero es un mundo tan distinto al mío… Sus casas, sus museos, sus habitantes… y sus tiendas de modas…

—Sí, se ve que sabe apreciar esta faceta de nuestra industria —contestó él.



La joven le miró.

—Usted ha cambiado un poco —dijo.

—Bueno, me he afeitado y compré ropas nuevas —explicó Darcy.

—La verdad, el otro día me pareció un mendigo. ¿Qué le pasa? ¿No tiene trabajo?

—Tenía un empleo, pero lo dejé. Como fue una dimisión voluntaria, el subsidio de paro cubre únicamente la comida y, en caso de enfermedad, el hospital.

—Pero en la Tierra no faltan empleos, señor...

—Fronn, Darcy Fronn. Usted es S. de Hyd, pero ¿qué quiere decir la inicial?

Ella le miró maliciosamente.

—Por favor, no se burle de mí —rogó—. Mi nombre completo es Sxylkhywxnórrbruddollyrn de Hyd.

—¡Atiza! —exclamó él, con la boca abierta de par en par.

—Son costumbres de Syppharion, señor Fronn.

—Por favor, llámeme Darcy. Aquí se acostumbra a hacer eso, aunque, cada vez que una persona vaya a pronunciar su nombre completo, deberá tener a mano un frasco de reconstituyente, para tomar una dosis al acabar de decirlo.

La joven rio con fuerza.

—Bueno, también en Syppharion se emplean las abreviaturas dijo —. A mí me llaman Sxylk los amigos. Usted también, Darcy...

El terrestre hizo un signo negativo.

—Me gusta más el final de la palabra, convenientemente arreglado a nuestros usos. La llamaré Dolly..., pero cuando estemos a solas, señora embajadora. Cosa que, por otra parte, no va a suceder muy a menudo.

—¿Por qué no? Mi trabajo no será excesivo en la Tierra. En realidad, soy una figura decorativa.

—¿Cómo?

Dolly suspiró.

—La verdad, si me han nombrado embajadora es...

De repente, calló.

Darcy la miró con curiosidad. Ella tenía la vista fija en un punto situado a sus espaldas.

Se volvió. Dos sujetos, altos, membrudos, de rostros pétreos, avanzaban por el sendero hacia ellos.

—Señora embajadora —dijo uno, inclinándose respetuosamente.

—Estoy ocupada, Kloil —contestó Dolly con sequedad.

—Lamento interrumpir a la señora embajadora, pero su presencia...

—Basta, Kloil —cortó Dolly—. ¿Quieren marcharse y dejarme sola con este caballero?

—¿Quién es? —preguntó el otro.

—Darcy Fronn —contestó el aludido con toda cortesía.

Kloil chasqueó dos dedos.

—Lárguese, terrestre —ordenó.

Darcy volvió los ojos hacia la muchacha. Dolly comprendió en el acto el significado de aquella mirada y se puso encarnada.

—Volveremos a vernos, Darcy —prometió,

—Lo dudo mucho —sonrió Kloil.

Y, de súbito, sin previo aviso, disparó su puño derecho.

Sorprendido por el inesperado ataque, Darcy no lo pudo esquivar y recibió el impacto en el mentón. Algo brilló cegadoramente ante sus ojos, a la vez que oía una especie de explosión. Pero esto duró sólo una fracción de segundo; la pérdida de conocimiento sobrevino instantáneamente.

CAPÍTULO III

El mentón le dolía aún, pasadas treinta y seis horas del golpe, cuando Darcy entró en un bar que solía frecuentar en ocasiones, aunque ahora llevaba algún tiempo sin poner los pies en el local. Pero al pasar casualmente junto a la puerta, sintió deseos de tomar una copa y entró sin pensárselo dos veces.

El barman lo acogió con una gran sonrisa.

—Hola, señor Fronn —saludó—. Cuánto tiempo sin verle… ¿Lo de siempre?

—Sí, Pete —sonrió Darcy—. Lo de siempre.

—Y otra igual para mí —tartajeó alguien, situado a su izquierda, en un taburete.

Darcy se volvió. El hombre que estaba allí tenía, evidentemente, algunas copas de más,

—¿Qué tal, Jeb Carthis? —saludó.

—Hola, viejo amigo… Tú sí que lo has sabido hacer bien, dejando todos estos jaleos… En cambio yo…

Carthis hipó un par de veces. Darcy fijó la vista en el barman.

—No se encuentra bien —susurró el barman—. Será mejor que lo lleve a su casa.

Darcy asintió. Puso una moneda de medio «garant» sobre el mostrador y se apeó del taburete.

—Vamos, Jeb —dijo.

—¿A… adónde? —preguntó el borracho—. Quiero tomar una copa…

—La tomaremos en tu casa. Hace tiempo que no he saludado a tu esposa. Anita se sentirá contenta de vernos juntos. Anda, vamos.

Darcy salió llevando a su amigo poco menos que a cuestas. Anita Carthis frunció el ceño cuando los vio llegar.

—Hola, Darcy —saludó—. ¿Qué te parece?

Carthis se había desplomado sobre un diván.

—No es corriente en él —dijo—. ¿Qué diablos le pasa?

Anita suspiró.

—No lo sé con certeza —respondió—. Hace un par de meses, acudió a una entrevista de alto nivel. Cuando regresó, empezó a beber. Puede decirse que sólo para en dos ocasiones; cuando duerme y cuando está llenando el vaso.

—Algo le ocurre, en efecto. Jeb nunca fue así y me gustaría ayudarle… aunque si se trata de un asunto oficial, me temo que no podré hacer nada.

—Tú presentaste la dimisión. ¿Por qué, Darcy?

—Estaba harto. La vida de agente secreto no es vida, los secretos que llegas a conocer acaban por agobiarte de tal modo, que ya no vives, ni comes, ni duermes… Sospechas de todo y de todos… Francamente, Anita, seguir en el oficio hubiera representado para mí acabar en un manicomio.

—Te comprendo. Pero él estaba tan enamorado de la profesión… No, no lo entiendo —dijo la señora Carthis desalentadamente.

Darcy miró a su amigo, que tenía los ojos cerrados.

—Anita, prepara algo de café—pidió—. Voy a ver si lo espabilo un poco. A veces, un secreto compartido con otros alivia mucho.

—Sí, eso es cierto, Darcy. Cuando uno tiene que guardar algo para sí mismo, la presión que se sufre puede llegar a ser intolerable. Bien, haré café y… ¿cómo piensas espabilarlo?

Darcy sonrió.

—Le quitaré todas las cosas de los bolsillos y lo meteré tal como está en la ducha—contestó.

Media hora más tarde, Jeb Carthis, envuelto en una bata y después de haber ingerido medio litro de café puro, y muy cargado, parecía haberse recuperado notablemente. Darcy y su esposa le contemplaban con ansiedad.

—Es algo horrible, horrible… —dijo Carthis—. La Tierra está sujeta al mayor chantaje que nadie pueda imaginarse siquiera.

Cuando terminó su relato, se echó a llorar como un chiquillo.

Anita se sentía terriblemente afligida.

—Si sigue así, se me va a morir —sollozó.

Darcy apretó los labios.

—Anita, ¿quieres un buen consejo?

—Sí…

—Haz las maletas y llévate a su esposo al campo una temporada. Dile que envíe al diablo a su oficio, a sus jefes… Que haga, exactamente, lo que hice yo. Estaba ya a punto de pedir limosna, pero ni por todo el oro del mundo hubiese vuelto a mi empleo.

—Ahora comprendo que hiciste bien, Darcy —dijo la señora Carthis.

—Mi cuenta se había agotado, debía dos meses de alquiler y estaban a punto de ponerme de patitas en la calle. Pero dormía todas las noches, un mínimo de ocho o nueve horas y de un tirón. Cuando dimití, creo que empezaba a tener úlcera de estómago. He comido en los peores figones comidas verdaderamente horribles, saladas, picantes, cargadas de especias… pero ni un sólo día tuve que tomar bicarbonato. Las manos me temblaban ya y ahora podría sostener un lápiz vertical con la yema del meñique. Si comprendes lo que significa esto, seguirás mi consejo y te llevarás a tu marido a mil millas de su oficina.

Anita hizo un gesto de aquiescencia.

—Me lo llevaré, aunque sea atado de pies y manos —prometió.

Después de animar un poco más a sus amigos, Darcy regresó a su casa. Era ya de noche y, en el camino, se compró unos bocadillos y una caja pequeña de botellas de cerveza.

Cuando llegó, se encontró con una visita completamente inesperada.

* * *

—Habrá de dispensarme por el atrevimiento de entrar en su casa, sin el permiso adecuado —manifestó el hombre alto y de rostro ligeramente atezado—, pero llamé y, al no obtener contestación, se me ocurrió probar el picaporte. Como no estaba cerrado con llave, entré para esperarle, señor Fronn. Es decir, suponiendo que usted sea…

—Sí, soy Darcy Fronn.

El hombre alto y moreno paseó la vista por el modestísimo apartamento en que se hallaba.

—Por lo visto, usted no teme a los ladrones —dijo, sonriendo.

—El objeto de más valor que hay en la casa es el televisor y es propiedad del gobierno. No perdería nada si se lo llevasen y hasta me haría un favor. Los programas que emiten son repugnantes.

—Todo depende de los puntos de vista —sonrió el visitante—. A nosotros, los sypphariarios, nos encantan sus programas de televisión.

—Ah, usted es de Sypphariom...

—Perdón, olvidé presentarme. Soy Slewis de Ruai, primer secretario de la embajada. He tenido noticias de un incidente desagradable que le sucedió días atrás con dos de nuestros funcionarios. Su excelencia la embajadora me ha enviado personalmente a ofrecerle nuestras excusas. La actitud de esos dos hombres es realmente inconcebible. Por todo ello, me permito solicitar humildemente se digne perdonarlos, ya que si actuaron de ese modo tan grosero y descortés no fue sino en un desmesurado exceso de celo, que su excelencia la embajadora y yo somos los primeros en reprobar.

—Caramba, qué bien habla usted —exclamó Darcy—. Pero si yo ya lo había olvidado. No se preocupe, señor Ruai, como se dice en la Tierra, aquí no ha pasado nada. ¿Quiere tomar una cervecita?

—Muchas gracias, pero no suelo beber —contestó el secretario—. Señor Fronn, su excelencia la embajadora, repito, lamenta inmensamente lo sucedido y me ha encargado le entregue una especie de compensación por el daño que le causaron esos funcionarios.

Ruai sacó un sobre de forma alargada y lo puso en las manos del joven. Darcy notó en el acto el leve grosor de los billetes.

—No puedo aceptarlo—dijo envaradamente.

—Por favor... Queremos que lo olvide todo.

Había un tono especial en las últimas palabras de Ruai. Darcy lo captó inmediatamente. «Si esto no es un soborno...», pensó.

—Ya le he dicho que...

—Acepte esta pequeña compensación —insistió Ruai—. Su

excelencia la embajadora, lamentándolo profundamente, me ha dicho que, en lo sucesivo, será muy difícil que vuelva a verle. Compréndalo, su cargo le impone tantos deberes...

«Lo que tú quieres decirme es que no vuelva a acercarme a esa preciosidad de criatura».

Pero Darcy no se atrevió a expresar sus pensamientos en alta voz, aunque se mostró cortés y amable.

—Pues... ya que se empeñan tanto, acepto, señor Ruai —dijo—. Por favor, exprésele mi más rendido agradecimiento a la embajadora, tan inteligente, supongo, como hermosa. Y a usted también, muchas gracias.

Ruai sonrió.

—Ha sido un placer —aseguró.

Al quedarse solo, Darcy abrió el sobre. Había en su interior veinticinco billetes, en todos los cuales aparecía la cifra 1.000.

—Lo dicho, un soborno —murmuró.

Mientras tomaba un par de bocadillos, regados con cerveza, se entretuvo en pensar en todo lo ocurrido. La confesión de Carthis le parecía un relato fantástico, pero era lo suficientemente sensato para saber que su amigo había relatado solamente la realidad de la situación.

De pronto, sintió un escalofrío.

—Demonios, este viejo planeta podría convertirse en cenizas...

Y en aquel mismo momento, tomó la decisión de hacer algo, para evitar que la Tierra continuase sometida a lo que le parecía una abyecta esclavitud. Y no porque fuese orgulloso y pensara que los sypphorianos eran unos bárbaros, como había escuchado en más de una ocasión, sino porque, precisamente, eran todo lo contrario.

—O no hubieran fabricado esa bomba capaz de hacer arder la Tierra como si fuese la cabeza de un fósforo —resumió así sus poco agradables meditaciones.

* * *

Una semana más tarde, Darcy se dio cuenta de que era seguido a todas partes.

A veces era un hombre solo, dos en otras ocasiones... Con paciencia, aguardó el momento esperado, sobre todo, la noche en que se disponía a entrar en acción. Aquella noche por fortuna, sólo llevaba a un hombre a sus talones. Darcy caminó sin prisas, como gozando de la excelente temperatura. De pronto se metió en una casa.

Dejó pasar unos minutos. Luego se asomó cautelosamente.

Dos manos se apoderaron de un hombre y tiraron de él hacia la oscuridad del portal. Antes de que el espía se diese cuenta de lo que sucedía, ya estaba atado de pies y manos con un pañuelo en torno a la boca.

Darcy salió silbando tenuemente, con todo el aspecto de un pacífico transeúnte. Treinta segundos más tarde, tomó un helitaxi.

El vehículo empleó escasamente diez minutos en el trayecto. Darcy abonó la carrera, se apeó y continuó su camino a pie.

Al cabo de un rato, alcanzó la verja de un jardín de grandes dimensiones, muy bien cuidado, que rodeaba un lujoso edificio de tres pisos, construido según las normas arquitectónicas de cuatrocientos años atrás. El estilo neoclásico cuadraba muy bien con el uso a que se destinaba aquel edificio.

Darcy recorrió la verja cautelosamente, buscando los lugares más oscuros. En modo alguno se le ocurrió tocar los hierros. Estaba seguro de que la alarma se dispararía inmediatamente.

De pronto, encontró un árbol de grueso tronco y notable altura, situado relativamente cerca de la verja. Darcy no se lo pensó dos veces.

Instantes después, se hallaba en la copa del árbol. La rama más larga rebasaba ampliamente el nivel de las agudas puntas de remate de los hierros. Darcy se lanzó al espacio, rogando para que no hubiese alguna alarma invisible, que pudiera registrar también su pequeño vuelo. Cayó sobre la hierba, flexionó adecuadamente las piernas, rodó un par de veces y luego se irguió lentamente.

Avanzó paso a paso por el jardín. Los syppharianos, pensó, confiaban demasiado en sí mismos. No había mastines... aunque, con aquella maldita bomba, ¿a quién diablos le hacían falta perros de presa?

De pronto, divisó un par de ventanas encendidas, en el primer piso. Esperó unos momentos. La luz se apagó a poco.

Darcy llevaba enrollada a la cintura una cuerda muy fina, con un pequeño gancho.

—Y yo que había abandonado el oficio —se lamentó, mientras trepaba por la cuerda.

Entrar a través de una de aquellas ventanas era un juego de niños para un hombre especialmente entrenado. Sin hacer el menor ruido, puso los pies en el suelo y luego corrió las cortinas.

Encendió una diminuta linterna y no tardó en encontrar el interruptor de la luz. Cuando la encendió, Dolly, sobresaltada, se sentó en su cama, cubriéndose el pecho con el embozo.

—¿Eh? ¿Quién es...?

Darcy se acercó sonriente y se apoyó en una de las columnas situadas a los pies del lujoso lecho.

—No tema, señora embajadora —dijo.

CAPÍTULO IV

Dolly le contempló con ojos estupefactos.

—Usted... Pero ¿cómo ha conseguido entrar aquí? exclamó—. Ah, ya comprendo; pese a lo que me dijo, es un ladrón...

—No, no soy un ladrón. Dolly, quiero hablar con usted.

—Podía haber esperado a mañana, ¿verdad? Suelo pasear por el parque. Es decir, si tiene buena memoria.

—Mi memoria es buenísima —sonrió él—. Pero no tenía ganas de encontrarme con dos mastines bípedos.

—Lo siento, Darcy. Kloil actuó sin órdenes...

—Ya lo sé. Me lo dijo Slewis de Ruai.

—¿Cómo? —se asombró ella— ¿Conoce usted a mi primer secretario?

Darcy paseó la mirada por el dormitorio, enorme, con un salón contiguo, en el que había una mesa, butacas y un diván. Sobre la mesa divisó un lujoso frutero de plata labrada, en el que había frutas de todas clases

—Póngase una bata y venga a comer conmigo unos granos de uva —dijo—. La conversación resultará así más placentera.

Dolly le contempló todavía asombrada, sin acertar a reaccionar. Al fin, apartó a un lado las ropas de la cama.

Instantes después, se reunía con el inesperado visitante.

—No concibo cómo ha podido penetrar aquí —dijo—. Según tengo entendido, hay alarmas incluso contra personas que puedan utilizar propulsores individuales.

—Es posible, pero los que instalaron esas alarmas se olvidaron del gran roble que hay al otro lado de la verja, en la parte norte del jardín. Una de sus ramas atraviesa la verja... y por otra parte, yo no llevaba encima ni una sola pieza de metal. Incluso el gancho de la cuerda que he utilizado es de un plástico tan duro como el acero, aunque, claro está, carece de algunas de sus condiciones, como conductibilidad...



—No siga, le comprendo fácilmente. Pero si no es un ladrón, ¿a qué ha venido, Darcy?

El joven le entregó un par de granos de uva.

—Dolly, me he enterado —dijo.

Ella puso cara de extrañeza.

—Ya sabía que era la embajadora —contestó.

—No me refiero a eso… ¿Sabe que su primer secretario estuvo a visitarme hace una semana y que me regaló veinticinco mil «garants»?

—¿Ruai? ¿Por qué? —se asombró la joven.

—Aguarde un momento. Dolly, ¿cómo ha llegado a un puesto tan alto? No se nombra embajadora a una joven que no ha cumplido todavía los veinticinco años, sin un motivo muy poderoso.

—Tengo veintitrés —declaró ella—. Y soy prima del emperador de Syppharion, Aarvusl XI. A los parientes muy allegados de los emperadores se les suele nombrar para estos cargos. Lo cual siempre da lustre a la embajada.

—Ya, creo que comprendo. Dolly, ¿está enterada de lo que sucede entre su gobierno y el nuestro?

—Bien, las relaciones son muy cordiales, sin nubes que empañen la amistad entre los dos pueblos; los intercambios comerciales son altamente beneficiosos para los dos planetas; incluso Syppharion tiene un pequeño déficit en la balanza de pagos con la Tierra; hay proyectos sobre intercambios de misiones culturales y artísticas…

—Ese es el «rollo» que le han enseñado a decir, ¿no?

Dolly se indignó.

—Es la pura verdad, Darcy —exclamó—. ¿Cómo se atreve a ofenderme, hablándome de semejante forma?

Tranquilamente, Darcy ingirió el último grano de uva, se lavó los dedos en un aguamanil que había sobre la misma mesa y luego los secó con una servilleta. Después, apoyó ambas manos en el borde de la mesa y miró fijamente a la muchacha, que estaba situada al otro lado.

—Dolly, ¿qué me dice usted del chantaje que Syppharion ejerce sobre la Tierra y que le permite llevarse nada menos que el uno por

mil del producto planetario bruto?

Ella se quedó atónita al escuchar aquellas palabras.

—¿Chantaje? ¿De dónde ha sacado una idea tan estúpida?

—Es la pura verdad, Dolly. —De pronto, Darcy se enderezó, dio la vuelta a la mesa y agarró la mano de la chica, llevándola a un diván —. Siéntese ahí y escuche con toda atención.

Darcy habló durante unos minutos. Cuando terminó, Dolly se sentía abrumada.

—Imposible, imposible... —murmuró—. No puedo creerlo...

—El hombre que me lo ha dicho tenía poderosas razones para saberlo —aseguró él—. Y le conozco desde hace años, de modo que no tengo motivos para dudar de sus afirmaciones.

Dolly se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas y se sujetó las sienes con ambas manos.

—Es horroroso... Le juro que yo no sabía nada de lo que sucedía... Para mí todo es absolutamente nuevo...

—Ahora comprendo, y usted también, por qué la han nombrado embajadora. Se necesita una persona atractiva, elegante, distinguida y, en su caso, muy bella, para desempeñar el papel de figura decorativa, mientras otro miembro de la misión diplomática es el que, en realidad, ejecuta todas las funciones correspondientes al auténtico embajador. En la Tierra todos se sienten encantados de la bella embajadora de Syppharion, pero no más de veinte personas conocen la amarga verdad.

De pronto, Dolly se puso en pie.

—Darcy, yo impediré...

—¿Cómo? —sonrió él—. Usted no puede hacer nada. Tal vez su primer secretario Ruai, que es quien, me parece, dirige todo el asunto. Apuesto algo a que usted hace lo que él le indica...

—Es lógico, puesto que yo carezco de experiencia. Necesitaba un consejero y nombraron a un hombre experimentado.

—Sí, muy lógico. Y para que me olvidase de usted, Ruai vino en persona a mi casa y me regaló veinticinco mil «garants». ¿Qué le parece?

—Hablaré con él, Darcy, se lo prometo. Yo no puedo consentir que se traicione de este modo la amistad entre dos pueblos.

—Le voy a dar un consejo, Dolly... es decir, si permite que siga llamándola así.

La joven sonrió cautivadoramente.

—Me disgustaría que emplease otro tratamiento —contestó—. Vamos, venga el consejo.

—Sea discreta. Este es un asunto de nueve billones de «garants» al año. Si cada billete de mil «garants» tiene una décima de milímetro de diámetro, de espesor, nueve billones, apilados uno encima de otro, formarían una columna rectangular de novecientos kilómetros de altura.

—Cielos —exclamó Dolly, pasmada.

—Las matemáticas dan estas sorpresas —sonrió él—. Y ahora, hasta la vista...

Dolly corrió hacia el joven.

—Darcy, ¿cómo podré verle? —preguntó.

—No se preocupe. Yo me pondré en contacto con usted.

De repente, se oyeron unos fuertes golpes en la puerta del dormitorio.

—¡Excelencia! Abra, por favor —gritó alguien—. Sospechamos que un ladrón ha entrado en el recinto de la embajada.

* * *

Dolly perdió el color instantáneamente. Darcy llegaba ya a la ventana y oyó las voces.

—Métase en la cama y simule dormir —dijo—. No se preocupe más por mí: sabré salir adelante.

Ella obedeció instintivamente. ¿Por qué tenía que ayudar a aquel terrestre, si ella era syppharians?

Los golpes se repitieron. Darcy desapareció al otro lado de las cortinas.

Al cabo de unos instantes, Dolly se puso en pie, cruzo el

dormitorio y abrió la puerta. Bostezó aparatosamente y dijo:

—Perdone, Slewis; tomé un poco de sedante… ¿Qué sucede?

Ruai entró en el dormitorio, seguido de dos de sus hombres de confianza y miró recelosamente a derecha t izquierda.

—¿No ha notado nada, excelencia? —preguntó.

Dolly se apoyo en la pared.

—Estoy medio dormida —contesto con voz torpe.

Los labios de Ruai se contrajeron.

—Echad un vistazo, rápido —ordenó—. Sentiría infinito que hubieran robado algo a su excelencia —añadió.

Pero Dolly no contestó. Apoyada en la pared, había cerrado los ojos y se dejaba resbalar beatíficamente hacia el suelo.

Ruai lanzó un juramento.

—Grol, llama a la doncella de su excelencia —ordenó.

—Sí, señor.

Grol salió de la estancia rápidamente. Ruai quedó a solas con Kloil.

—Apostaría algo a que ese intruso era Fronn —dijo.

—No comprendo cómo ha podido entrar, excelencia —manifestó Kloil—. El sistema de alarma es perfecto…

—Kloil, el servicio secreto de la Tierra también es muy bueno. Pero no podemos consentir que se burlen de nosotros. Busca a Fronn. Aunque adoptaba el papel de parado, es un agente secreto… Procura que sea el séptimo de nuestra lista, ¿comprendes?

El esbirro sonrió torvamente.

—Delo por hecho, excelencia —aseguró.

Ruai se inclinó sobre la joven y, después de cogerla en brazos, la llevó a la cama.

—Afortunadamente, está como un tronco y no ha podido oír nada —dijo, apenas un segundo más tarde de que la doncella particular de Dolly se hiciese visible.

Los tres hombres se marcharon. La doncella quitó la bata a Dolly, le arregló las ropas de la cama y luego se marchó, apagando la luz al salir.

Pasaron unos minutos. Dolly se incorporó un poco. El corazón le palpitaba con fuerza.

Lo que acababa de escuchar le parecía increíble. Con la mayor sangre fría, Ruai acababa de decretar el asesinato de una persona.

Ruai no le había sido nunca simpático, debido a su carácter introvertido. Era hombre poco locuaz, aunque siempre se había comportado con ella con la máxima cortesía. Pero Dolly tenía que reconocer consigo misma que no hubiera sospechado jamás que Ruai fuese capaz de ordenar un crimen.

Se felicitó de la idea que había tenido al simular la ingestión de un sedante. Pero la satisfacción que ello le producía se disipaba en el acto al pensar en la suerte que podía correr Darcy.

¿Había conseguido escapar del recinto de la embajada?

* * *

Durante una semana seguida, Dolly acudió a diario al parque, con intención de encontrar al joven en el mismo sitio donde se habían conocido

Sus esfuerzos resultaron inútiles.

Parecía como si Darcy hubiese sido tragado por la tierra.

Al mismo tiempo, Dolly notaba que la vigilancia de los hombres de Ruai se intensificaba de un modo poco usual. Empezó a pensar en la conveniencia de enviar una nota de protesta a su augusto primo.

Darcy, por su parte, había creído en la conveniencia de no volver a su antiguo piso. Tenía un amigo, quien poseía una casita a la orilla del mar, a unos cincuenta kilómetros de la capital y le pidió la llave, para hacer de aquel lugar su centro de operaciones.

Había sostenido largas conversaciones con Carthis, de tal modo que llegó por completo al fondo del asunto.

Carthis, por su parte, habló con alguien que le prometió ayuda incondicional.

Pero, inexorablemente, los esbirros de Ruai estaban lanzados tras

su pista. Uno de ellos, el mismo a quien había atado en un portal, se cruzó casualmente con él doce días después de su incursión en la embajada.

Esta vez, Vlordos se prometió no caer de nuevo en la misma trampa. Actuando con más cautela que en la ocasión anterior, siguió todos los pasos del joven, hasta que lo vio tomar su aeromóvil.

Vlordos fijó en sus retinas la matrícula del vehículo. Casi en el mismo instante, se paró un helitaxi y Vlordos se zambulló en su interior.

—¿Adonde, señor? —preguntó el conductor.

Vlordos le alargó un billete de diez «garants».

—Siga a aquel aeromóvil y no haga más preguntas —contestó.

—Bien, señor.

Un poco más adelante, el tráfico disminuyó. Vlordos hizo que el piloto redujera la velocidad de su aparato. Cuando vio que el aeromóvil de Darcy perdía altura, él ordenó a su conductor que tomase tierra.

—¿Aquí?—se extrañó el hombre.

—Obedezca —dijo Vlordos secamente.

El piloto se encogió de hombros. Momentos después, su pasajero saltaba al suelo.

—Vuélvase.

—Sí, señor.

Vlordos estaba a menos de mil metros de distancia del lugar al que se había dirigido Darcy. Cuando vio que el helitaxi alzaba el vuelo, él se puso en marcha.

El primer secretario Ruai había prometido un ascenso y una recompensa del equivalente a cinco mil «garants» terrestres en moneda de Syppharion. Los dos premios iban a ser para él, pensó, mientras avanzaba cautelosamente hacia la casita situada cerca de la playa.

El sol estaba a punto de ponerse. Vlordos tenía la intención de aguardar a que se hiciera de noche. Para regresar, usaría el propio aeromóvil del hombre a quien ya consideraba como su víctima.

CAPÍTULO V

Dolly estaba terminando de cepillarse el pelo, después de la cena, cuando, de pronto, entró su doncella con una caja alargada en las manos.

—Señora, han traído estas flores —anunció.

—Bien, déjelas ahí, gracias. Yo misma las arreglaré después.

—Sí, señora.

Dolly terminó el tocado y se acercó a la caja, atada con un monumental lazo de color rojo fuego. Tras desatarlo, levantó la tapa y extrajo un hermoso ramo de orquídeas.

Los tallos estaban unidos por un hilo muy fino. Al levantar el ramo, se levantó también un trozo de la tapa interior de la caja.

Algo apareció ante los ojos de la muchacha. Tremendamente excitada, Dolly, extrajo un rectángulo de cartulina, debajo del cual apareció una cajita que no tenía más de un centímetro de grueso. Era también de forma rectangular y medía unos doce centímetros de largo por cuatro de ancho.

En la cartulina había un mensaje escrito a mano:

> *Ese aparatito es un transmisor de radio, ajustado ya en una frecuencia determinada. Por muchos instrumentos que haya instalados en la embajada, ninguno de ellos conseguirá interferir las emisiones y recepciones del aparato, ni tampoco conseguirán grabar las conversaciones que tengan lugar. Apriete el botón rojo que hay en uno de los costados. Será suficiente.*

Dolly no había visto jamás la escritura de Darcy, pero adivinó inmediatamente el origen de aquel envío. Presionó el botón y llamó:

—¿Darcy?

—Hola, preciosa —sonó una voz jovial—. Gracias por llamar. Dolly, por favor, cierre la puerta con doble vuelta de llave. Y no grite; bastará con que hable en tono normal. Todavía no se ha descubierto nada contra una oreja pegada a una cerradura.

Dolly lanzó una alegre carcajada. Corrió a obedecer el consejo y regresó junto al transmisor.

—Darcy, esto me parece un milagro —dijo—. ¿Cómo consiguió escapar?

—Oh, es bien sencillo. Todos buscaban por el jardín hasta por las cornisas de las fachadas, pero a ninguno de ellos se le ocurrió mirar en el interior de una chimenea, en el tejado. Salí de allí completamente negro, pero, por lo demás, satisfactoriamente ileso.

—Es fantástico. Darcy, no sabe cuánto me alegro... Tendría que esperar mucho rato, ¿verdad?

—Bueno, a la madrugada, siempre se relaja la vigilancia—contestó él—. Y usted, ¿qué hizo?

Dolly le relató lo que había sucedido en su dormitorio, después de la marcha del joven. Darcy la felicitó por el ingenio que había demostrado para burlar a Ruai y sus secuaces.

—Pero él ordenó que lo asesinaran. Le oí decir claramente que ya habían muerto seis agentes...

—Entonces, me cree. Porque yo ya se lo dije cuando estuve en su dormitorio.

—Sí. Oh, Darcy, esto es horrible. Yo no me imaginé nunca que mi primo el emperador me utilizase en una conspiración de esta clase. Estoy segura de que el pueblo syppyhariano lo ignora también y que protestarían si conociesen la verdad.

—Entonces, imagínese lo que dirían los terrestres, que son los más afectados.

—Darcy, yo no sé qué hacer... Ruai me vigila mucho más que antes. Ahora, prácticamente, no puedo dar un paso sin ser seguida a todas partes... Incluso estaba pensando en enviar un espaciograma de protesta a mi primo. A fin de cuentas, soy la embajadora y puedo pedir el relevo del funcionario que no sea de mi agrado.

—Bah, le enviarían otro de la misma calaña... Oiga, aguarde un momento. Ha dicho que quería enviar un espaciograma de protesta a

su primo.

—Sí, en efecto.

—Estoy pensando... —dijo Darcy con aire reflexivo.

De súbito, notó un leve zumbido. Inmediatamente, se tiró a un lado.

Una raya delgadísima, como un hilo incandescente, pasó por el sitio en que había estado una fracción de segundo antes. Desde el suelo, Darcy apuntó con su pistola al hombre que había aparecido en el umbral de la puerta.

Darcy usaba un viejo pero confiable revólver de seis tiros. En el interior de la sala se oyeron tres cañonazos.

Vlordos saltó convulsivamente en el aire. Luego se desmadejó y cayó al suelo, convertido en una especie de pelele, en el que se veían algunas manchas de sangre.

Dolly oyó los estampidos y se asustó.

—¡Darcy, Darcy! —llamó.

El joven se levantó y contempló unos instantes el cuerpo que yacía en el suelo. Luego regresó junto al transmisor.

—No se preocupe —dijo—. Sospecho que uno de los amigos de Ruai tendrá que ser borrado de la nómina del personal de la embajada.

—¡Dios mío! Le han atacado...

—Sí, aunque mi alarma funciona bastante mejor que la de ustedes. Dolly, escúcheme con atención. Tengo que decirle algo muy importante, con respecto al espaciograma que piensa enviar a su primo.

—Sí, sí, dígame...

Darcy habló durante unos momentos. Cuando terminó, Dolly le expresó una duda:

—Estoy de acuerdo, pero ¿cómo lo haré?

—No se preocupe. Dentro de un par de días, recibirá otras orquídeas. ¿Entiende?

—Sí. Darcy… ese hombre, ¿ha muerto?

—Lamentablemente, así es. Lo siento.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Dolly dijo:

—Usted tenía derecho a defenderse, Darcy.

—Gracias. Las instrucciones irán en el interior de la caja de orquídeas. Guarde bien el transmisor; procure que no se lo vean. Y llámeme pasado mañana a estas horas.

—De acuerdo.

Darcy cerró la comunicación. De nuevo volvió a contemplar el cadáver del syppharíano.

—Y yo que había dejado el empleo para no padecer más…— murmuró, mientras pensaba en la forma mejor de deshacerse del cadáver.

De pronto, recordó que tenía el mar a cincuenta metros. Amarrada, aunque en seco, había una pequeña lancha con la que su amigo solía ir de pesca.

—Espero que no envenenes a los peces de esta zona —murmuró una hora más tarde, cuando lanzaba el cadáver por la borda, a dos millas de la costa.

* * *

Arvo Morvus, canciller de la embajada, se puso en pie inmediatamente, al ver entrar a la embajadora en su despacho, en el que se hallaba junto a una amanuense, a la que dictaba unos despachos en aquel momento.

—Señora —dijo Morvus.

—Buenos días, canciller —saludó la joven—. Deseo enviar un mensaje a mi augusto primo. Es urgentísimo.

—Sí, señora… ¿De qué se trata, por favor?

—Es una nota de protesta, pero quiero redactarla yo misma. Su amanuense la escribirá y usted redactará el mensaje en la cifra adecuada, por supuesto.

—Muy bien, excelencia.

Mientras hablaba, Dolly, que vestía sencillamente, jugueteaba con un pesado medallón, que pendía de una gruesa cadena de oro. La amanuense, una hermosa joven syppheriana, contemplaba el medallón con ojos de envidia.

—¿Le gusta, Edyria? —preguntó Dolly.

—Sí, excelencia; es muy bonito... ¿Puedo preguntar a su excelencia dónde lo ha comprado?

—En New Tiffany's. Es la joyería más acreditada, pero también el medallón es ejemplar único.

Edyria sonrió.

—Envidio sinceramente a su excelencia —dijo.

Mientras, Morvus se había ido a un rincón, en donde, empotrada en un muro, había una gran caja de caudales. Los dedos de Dolly dejaron de juguetear con el medallón, que adoptó una posición perpendicular a su pecho.

Morvus hizo funcionar las ruedas de la combinación de la caja fuerte. Al cabo de unos momentos, la abrió y volvió junto a su mesa portador de un pesado libro, con tapas de metal inoxidable.

—Su excelencia puede dictar el mensaje —invitó cortésmente.

—Está bien. Edyria, escriba: «De la embajadora, etcétera, etcétera, a su augusto primo...» bien, las fórmulas de rigor. «Querido primo, con el presente mensaje te formulo mi más enérgica protesta por la incalificable vigilancia a que en todo momento, excepto cuando me baño, y aun así no estoy segura de que no sigan vigilándome, me somete mi primer secretario Slewis de Ruai. O pones coto a esta indignidad o, en el siguiente mensaje, irá mi dimisión.» Firmado, yo, etcétera, etcétera... —concluyó Dolly con acento lleno de energía.

El canciller y su secretaria estaban atónitos.

—Señora—dijo el primero.

—Vamos, Edyria ha escrito el mensaje. Ahora quiero que lo cifre y que lo despache inmediatamente. Soy la embajadora, ¿no?

Morvus parecía aterrado.

—Sí, señora...

—Morvus, si me entero de que el mensaje ha sido alterado en una

sola coma, lo enviaré a Syppharion, degradado, en la primera astronave que zarpe con rumbo a nuestro planeta. ¿Está claro?

—Por supuesto, señora. ¿Cómo me atrevería yo a desobedecer a su excelencia?

Dolly miró a la secretaria.

—Edyria, en New Tiffany's hay otros medallones también muy bonitos —dijo—. Cómprese el que más le agrade y haga que envíen la nota a la embajada.

La secretaria se esponjó.

—Gracias, excelencia, mil gracias...

Dolly dio media vuelta y salió. Con el obsequio a Edyria se aseguraba su lealtad. Edyria no toleraría que el canciller alterase un ápice el mensaje destinado al augusto primo de la embajadora.

* * *

Como de costumbre, aunque no siempre podía hacerlo, debido a las obligaciones de su cargo, Dolly fue a pasear al parque y no tardó mucho tiempo en advertir que era vigilada. Sin embargo, en esta ocasión, no hizo menor gesto que hiciera saber a sus seguidores que ella conocía su presencia. Más que en ningún momento, conocía la importancia de actuar con entera naturalidad.

Un cuarto de hora más adelante, se encontró con un viejo que hurgaba en una papelera. Al verla, el anciano, que vestía desastradamente y llevaba barba de un par de meses al menos, le tendió una mano de uñas con bordes negros.

—Señora, por favor, deme cinco centésimos para una taza de caldo —solicitó humildemente.

Dolly retrocedió un paso.

—¿Cómo se atreve...? Vergüenza debería darle pedir limosna —exclamó, con fingida irritación.

—Lo siento, señora; no quise ofenderla.

Dolly abrió el bolso y sacó una moneda.

—Me da usted compasión —dijo— ¿Por qué no está en un asilo, como otras personas de su edad?

—Señora, ¿es que…?

Un hombre uniformado se acercó a la pareja, mirando con aire lleno de severidad al mendigo.

—La está molestando, supongo —dijo el guardia.

—Me ha pedido limosna…

—No se hable más, señora. —La manaza del guardia se cerró sobre el cuello del viejo—. Andando, a la comisaria. Bill *Botella*, ¿es que no sabes que está prohibida la mendicidad? Señora, ¿se imagina usted por qué le llaman a este tipo «El Botella»? Si le ha dado cinco centésimos siquiera, puede estar segura de que se los gastará en licor.

Dolly sonrió.

—De todas formas, no ha sido una molestia demasiado exagerada —manifestó, sonriendo encantadoramente—. Le he hablado de un asilo, pero me imagino que a muchas personas les horroriza la idea de estar encerrados en uno de esos centros. Por favor, guardia, soy la embajadora de Syppharion. Deje ir a este pobre hombre.

El guardia sonrió, mientras ella deslizaba en su mano un billete doblado, con toda discreción. Era un sujeto alto, fornido, de unos cuarenta años, con bigote y grandes patillas y ya un tanto barrigudo.

—Excelencia, mil gracias —dijo—. Vamos, Bill, lárgate de una vez.

El mendigo se alejó refunfuñando. La mano del guardia subió de nuevo hasta la sien.

—Gracias de nuevo, excelencia —saludó.

Dolly contestó con una leve inclinación de cabeza y siguió andando.

Un minuto más tarde, Bill *el Botella* fue asaltado por dos hombres, que le registraron minuciosamente, al otro lado de unos arbustos. Bill trató de protestar, pero la vista de una pistola de láser acalló sus protestas

Los asaltantes no encontraron nada de valor en los sucios harapos del mendigo, salvo la moneda de cinco centésimos que había recibido como limosna y de la que se apropiaron sin escrúpulos de ninguna clase. Para acallar sus protestas, Kloil le dio dos billetes de un «garant».

—Cuando quieran, vuelvan a asaltarme —se despidió Bill sarcásticamente.

CAPÍTULO VI

Sentado en una cómoda butaca, en el saloncito privado de su suite de la embajada, Slewis de Ruai se hizo proyectar la escena del encuentro de la embajadora con el mendigo. Grol había filmado todos los detalles con una microcámara, tal como tenía ordenado, para el caso de que la embajadora se detuviera a conversar con alguna persona. Ruai permanecía silencioso, pellizcándose el labio inferior con notorio aire de preocupación.

La filmación terminó.

—Repítala —ordenó.

Grol obedeció. Kloil, impasible, permanecía en pie junto a la butaca, con los brazos cruzados.

—De modo que la moneda era auténtica —dijo Ruai, mientras su esbirro invertía el sentido de movimiento de la cinta de imágenes.

—Sí, señor. El examen por rayos X no ha dado resultado alguno —contestó Kloil.

Ruai se sentía preocupado. Vlordos había anunciado haber localizado a Fronn, pero había desaparecido y no se sabía nada de él. Ruai temía lo peor para Vlordos. Era probable, pensó, que hubiesen tropezado con un agente más duro de pelar que los seis que ya habían sido eliminados.

La proyección comenzó de nuevo.

—Grol, aumenta el tamaño de la imagen cuando le entregue la moneda —dijo Ruai.

—Sí, señor.

La escena no reveló nada sospechoso. Ruai se devalaba los sesos, preguntándose qué mensaje habría entregado la embajadora a su amigo el agente. Por supuesto, conocía la protesta de Dolly y también se imaginaba la respuesta, que no tardaría mucho en llegar. Alguien le diría que tuviese más cuidado, eso sería todo. Pero en aquel plan, que tantos beneficios podía proporcionar a Sypharion, ni la prima del emperador se libraba de ser vigilada.

La proyección continuó. Ruai vio que Dolly hablaba con uno de

los guardias que estaban de vigilancia en parque. También vio que ella le entregaba un billete.

—¿Por qué le ha dado dinero? —preguntó a media voz.

—Es la costumbre, excelencia —respondió Kloil—. El guardia acudió a defender a la embajadora de las asiduidades de un mendigo importuno y ella le recompensó con un par de «garants». No es un soborno, sino una especie de gratificación, por la cortesía que ha demostrado…

De pronto, Ruai lanzó un grito:

—¡Grol, para! ¡Aumenta la imagen cuando ella le entrega el dinero al guardia!

Grol obedeció. Las dos manos aparecieron en primer plano. Un segundo después, Ruai se pegaba a sí mismo una monumental bofetada.

—¡Estúpido de mí! ¡Imbécil! ¡Un millón de veces tonto! ¡Debí haberlo adivinado desde el principio! ¡Fronn es el guardia y no el mendigo!

Los dos esbirros se quedaron atónitos. Kloil asintió con repetidos movimientos de cabeza. Sí, su excelencia tenía razón.

—Me pregunto qué diablos contenía el mensaje que ella le ha entregado —murmuró Ruai, algo más calmado.

—Iremos a buscarle…

Ruai cortó la sugerencia apenas iniciada de Grol.

—No —contradijo—. Presiento que Fronn va a volver a la embajada… y cuando llegue, le haremos el recibimiento que se merece —sonrió torvamente—. Llegará siendo de carne y hueso y se irá convertido en un poquito de humo —concluyó significativamente.

* * *

Aquella mañana, Dolly había recibido una caja con orquídeas. Dentro de la caja, y en la forma acostumbrada, encontró un pequeño cilindro, apenas mayor que un lápiz y las instrucciones para su manejo.

Dolly siguió las instrucciones puntualmente. Luego, a las once, se echó a dormir. El cilindro quedó bajo la alfombra, en un punto donde,

por lógica, sería muy difícil que alguien lo pisara.

A la una en punto, se produjo un leve chispazo en el salón. Dolly, sobresaltada, se sentó en la cama.

—¿Darcy?

—El mismo, preciosa.

Dolly saltó de la cama y, descalza y sin cuidarse en absoluto de la casi total transparencia de su camisón, corrió al encuentro del recién llegado y se colgó de su cuello.

—Darcy, querido...

El joven la miró, sorprendido.

—Pero, Dolly —exclamó.

Ella se sonrojó, pero no aflojó la presión de sus brazos.

—¿Te molesta?

—Al contrario, me encanta. Es un recibimiento muy agradable —Darcy se inclinó y la besó con suavidad—. Eres una chica realmente encantadora.

Dolly se echó a reír.

—No sé qué me has dado —dijo—. Creo que me he enamorado de ti.

—Pero eso sería maravilloso... ¿Hablas en serio, Dolly?

—Tengo que dejar pasar todavía algún tiempo, para conocer mis sentimientos con más profundidad, pero..., sí, creo que sí. ¿Y tú, qué dices?

—Pues... me pasa algo por el estilo. Pero vístete, no tenemos mucho tiempo que perder. Ah, ¿tienes algún traje de una pieza de color oscuro?

—Sí, uno azul marino...

—Póntelo y vuelve en seguida.

Dolly echó a correr hacia el dormitorio y se vistió apresuradamente. Buscó una cinta, se recogió el pelo en cola de caballo y la sujetó con un simple nudo. Luego regresó al salón.

Cuando llegó, Darcy estaba arrodillado en el suelo manipulando en un aparato que parecía una caja de zapatos y del que sobresalía una varilla vertical, rematada en una esfera de malla metálica, de hilos finísimos. Dolly se dio cuenta de que el joven llevaba una mochila a espalda y un par de cinturones muy anchos y de extraña factura, todo ello sobre el mono negro que constituía su atavío.

—Ah, me olvidaba —dijo—. Trae el cilindro que envié con las orquídeas. Puedo dejar esto aquí, pero no el cilindro.

Dolly obedeció sin hacer preguntas. Darcy guardó aquel cilindro, se puso en pie y sacó una especie de medallón, que colgó del cuello de la chica. Ella apreció que Darcy llevaba uno análogo.

—Me gustaría que me explicases...

—Ese medallón es un anulador de las ondas hipnóticas que emitirá este aparatito —dijo él—. Dentro cinco minutos, todo el mundo, en un radio de trescientos metros, estará profundamente dormido y no despertará sino hasta las ocho de la mañana. Para entonces, yo estaré muy lejos de aquí.

—Comprendo —dijo Dolly, pasmada de asombro—. Pero ¿qué pasa con el cilindro?

—¿Has oído hablar alguna vez de la T.I.?

—No. ¿Qué es eso?

—Traslación instantánea. Pero luego te contaré más cosas...

Darcy se inclinó, presionó una tecla en la caja que había sobre la alfombra del salón y se enderezó, sonriente.

—No sólo los sonidos y las imágenes pueden enviarse instantáneamente a través de las ondas, sino también los objetos y las personas —dijo—. Pero, naturalmente a toda estación emisora corresponde una receptora; de otro modo, la traslación instantánea, resultaría imposible.

Dolly tenía la boca abierta.

—Es fantástico —exclamó.

—La distancia a recorrer era pequeña, por eso envié ese receptor, con las orquídeas. Para distancias mayores, es lógico, se necesita una emisora y un receptor de mayor potencia.

—Y sin el receptor…

—La persona enviada por la emisora se disgregaría en la atmósfera.

—Sería horrible —se estremeció Dolly.

Darcy rio tenuemente.

—Eso no sucederá en mi caso —contestó—. Como puedes imaginarte, ya he dejado en funcionamiento el receptor que me permitirá salir de aquí, como los fantasmas, esto es, a través de las paredes.

—¿Dónde está la emisora?

Darcy se tocó el estómago.

—Aquí, en este cinturón. —Consultó el reloj—. Bien, todos los ocupantes de la embajada están dormidos, excepto nosotros. Acompáñame a la cancillería, ¿quieres?

—Sí, vamos.

El silencio era absoluto. Mientras descendían al primer piso, Dolly mencionó algo sobre las alarmas.

—Las sonoras tipo sirena están en el exterior. En cuanto a las que hay aquí, si las hago funcionar, no importa, porque nadie las oirá.

Momentos después, Dolly se detenía ante una puerta.

—Está cerrada con llave —exclamó.

—He venido preparado —sonrió él.

* * *

Darcy contempló la caja fuerte con ojos críticos. Dolly le miraba expectantemente.

—Tomaste bien las imágenes de tu canciller, formulando la combinación que permite abrir la caja —dijo él—. Nadie se dio cuenta de que el medallón contenía una microcámara, ¿verdad?

—No, nadie. Solamente Edyria, la secretaria, reparó en él, pero porque era muy bonito. Le dije que se comprase uno, con cargo a los fondos de la embajada, aunque también dije que era ejemplar único.

—Dolly, además de guapísima, eres una chica listísima.

—Tú no eres tonto. Interpretaste muy bien el papel, de mendigo.

—Preciosa, yo era el guardia.

—Oh. —De pronto, Dolly se echó a reír—. Había llegado a pensar que el guardia era un amigo tuyo...

—El mendigo es un personaje auténtico, aunque, como es lógico, recibió ciertas instrucciones. Después de que nos separamos, tus vigilantes lo volvieron al revés, como si fuese un guante. Pero yo ya me había llevado la película entre los billetes que me diste.

—Y te va a servir para...

Darcy se había arrodillado junto a la caja, pero volvió a ponerse en pie.

—Dolly, tú eres de Syppharion y yo terrestre —dijo— ¿Por qué me ayudas, si nos hemos visto tan pocas veces y apenas me conoces?

Ella se ruborizó deliciosamente.

—Bien, ya conoces mis sentimientos... pero, aparte de eso, hay algo que no puedo aprobar, como no lo aprobaría tampoco, si sucediera a la inversa, esto es, que el chantaje procediera de la Tierra. Por si no lo sabías, tengo el diploma de Historia de la Galaxia. Había llegado a creer que los imperialismos habían desaparecido, pero Syppharion ha hecho que rebrotasen. Sí, tengo noticias de la destrucción de Triakkor VI y quiero evitar que eso vuelva a repetirse.

Darcy se acercó a la muchacha y la besó afectuosamente en una mejilla.

—Dios te bendiga —murmuró.

Y se arrodilló por segunda vez frente a la caja fuerte.

Minutos más tarde, sacaba una cámara fotográfica.

El trabajo duró casi una hora. Darcy había llevado película en abundancia y no dejó papel sin fotografiar. Incluso tomó placas de los billetes guardados allí, como fondos de la embajada.

Al terminar, dejó todo en orden y borró sus huellas dactilares y consultó el reloj.

—Son las tres de la madrugada —dijo—. Dolly, preciosa, aquí,

¿dónde puede premiarse uno con un buen trago?

La joven se echó a reír.

—Ven conmigo. —Agarró su mano y tiró de él, llevándolo a un saloncito íntimo, en donde había un bien provisto servicio de licores.

Darcy eligió el champaña. Llenó dos copas y entregó una a la muchacha.

—Suerte para encontrar la bomba —brindó.

Dolly alzó también su copa. Después de tomar un par de sorbos, formuló una pregunta:

—¿Crees que podrás encontrarla?

—En alguno de estos papeles, está la clave. Teniendo en cuenta que he fotografiado cada página del libro de cifra, es muy posible que los expertos consigan encontrar la solución.

—¿Qué harás tú mientras? —quiso saber la muchacha.

—Pediré una copia de cada fotografía y estudiare por mi parte todos los documentos. A fin de cuentas, también entiendo un poco de claves.

Dolly se puso seria de pronto.

—Tendremos que separarnos —dijo—. No sé cuándo volveré a verte...

—Me gustaría llevarte conmigo, pero estimo que es algo imposible —manifestó—. Y eso que he venido preparado, por si se producía algún incidente desagradable...

Ella se le acercó y le puso los brazos sobre los hombros.

—Llévame —dijo, insinuante.

—Imposible —repitió él—. Se produciría un escándala mayúsculo.

—Enviaré mi dimisión. ¿No dices que habías venido preparado? Darcy, no quiero seguir más en este puesto. Vine aquí solamente porque me lo pidió mi primo, pero a él se lo había pedido su gobierno, porque estimaron que yo era una representación de prestigio como embajadora. Sin embargo, nadie me dijo de la innoble trampa que hay preparada en algún lugar de este planeta...

Darcy volvió a dudar. Aunque en un principio había pensado en llevarse consigo a la muchacha, ahora pensaba en el escándalo que la acción podía producir. Ya no era un hombre libre, como lo había sido cuando conoció a Dolly. Las cosas, entonces, habrían resultado de muy distinta manera.

Ella le miraba ansiosamente. Darcy no acababa de tomar una decisión.

* * *

Hatti Bhoss regresaba a la embajada, después de haber pasado largas horas frente al antiguo domicilio de Darcy, sin haber obtenido el menor resultado positivo. Estaba mortalmente cansado y maldecía de todo y de todos. Le hubiera gustado tener un rango igual al de Ruai, para pegarle un buen puñetazo en las narices.

Abrió la verja del jardín. El vigilante dormía como un tronco.

Bhoss frunció el ceño. Sacudió con fuerza al individuo, pero no obtuvo el menor resultado. Bhoss empezó a maldecir de la bondad de los licores terrestres.

Siguió adelante. En el vestíbulo de la embajada, había otro vigilante dormido como un tronco.

—Despierta, estúpido —gritó.

Al sacudir a Kloil, lo hizo con demasiada fuerza. Kloil resbaló a un lado y su cabeza rozó un jarrón, situado sobre una consola. El jarrón cayó al suelo y se rompió con gran estrépito.

Darcy oyó el ruido y se sobresaltó.

—¡Viene alguien! —exclamó.

—Pero ¿no funciona el emisor de ondas hipnóticas? —se extrañó la muchacha.

—El que ha llegado estaba fuera. Se dormirá en seguida, pero, entretanto...

El ruido había disipado las dudas de Darcy. Se quitó uno de los cinturones y lo colocó en torno al esbelto talle de la muchacha.

—Ahora comprobarás por ti misma en qué consiste la traslación instantánea —exclamó.

Bhoss oyó voces a través de una de las puertas situadas en el vestíbulo. Inmediatamente, sacó la pistola rayos láser.

Avanzó con gran cautela. Los vigilantes dormidos demostraban la incursión de extraños en la embajada. Si era así, los intrusos no iban a durar mucho tiempo.

En el mismo instante en que empezaba a abrir la puerta, Darcy decía a la muchacha:

—No temas, no sentirás absolutamente nada.

El índice de Darcy presionó sendos botones de color rojo en cada cinturón. Bhoss alzaba ya su pistola, pero la sorpresa de ver a la embajadora en compañía de un hombre, paralizó su dedo índice.

Entonces, se produjeron dos chispazos. Cuando el resplandor se hubo disipado, Bhoss, atónito, vio que la embajadora y su acompañante habían desaparecido.

De pronto, empezó a sentirse acometido por un sueño invencible. Bhoss comprendió que había una causa externa que provocaba en él aquellas terribles ganas de dormir y, sensatamente, se tumbó sobre una alfombra. Mientras trataba de averiguar la forma misteriosa en que la embajadora y el hombre que estaba con ella habían desaparecido, el emisor de ondas hipnóticas hizo su trabajo y se durmió como un leño.

CAPÍTULO VII

—Aquí no nos encontrarán —había dicho Darcy a su llegada a un lugar que a Dolly le resultaba completamente desconocido.

Todavía era de noche y Dolly sólo pudo apreciar que se trataba de una pequeña casa de campo, agradablemente decorada y, según vio después, abundantemente provista de comida. Darcy le indicó su dormitorio y luego dijo que iba a trabajar.

Ella, un tanto cansada por las emociones, se tendió en la cama y quedó dormida a los pocos instantes. Cuando despertó, era bien entrado el día.

Abandonó el dormitorio y llegó al salón. Desde uno de los grandes ventanales, pudo ver que la casa se hallaba situada en un angosto valle, por cuyo centro y a pocos metros, corría un arroyo de aguas espumeantes.

Abundaban los árboles, la hierba y las flores silvestres. Por encima de su cabeza se elevaban agudos picachos rocosos de todos los colores. Al salir fuera, vio que la casa se hallaba parcialmente oculta por un enorme saliente rocoso, que proporcionaba agradable sombra en las horas más cálidas, aparte de cierta protección contra las inclemencias atmosféricas.

Sintió deseos de bañarse en el arroyo, pero tenía apetito. Buscó la cocina y abrió el enorme frigorífico. La voz de Darcy llegó desde alguna habitación cercana.

Atraída por la curiosidad, Dolly, con un par de galletas en la mano, buscó la habitación. Al abrir la puerta, vio a Darcy con una cartulina en la mano, situado frente a una gran pantalla de televisión.

—Hoja número doscientos catorce —dijo Darcy.

—Está bien, siga —contestó alguien.

Dolly cerró discretamente, para no interrumpir al joven. Desayunó, salió fuera, tomó el sol, se bañó a mediodía en un remanso y volvió a la casa. En el salón, sobre una mesa, encontró una nota: «Estoy durmiendo. Llámame a la hora de la cena».

Las horas pasaron lentamente. Dolly avisó al joven a la hora indicada. Darcy se levantó, tomó un baño y acudió al salón, con una

enorme pila de cartulinas en las manos.

—¿Qué te ha parecido el viaje instantáneo? —preguntó.

Dolly sonrió.

—Empiezo a sospechar que tenías esto preparado desde hacía tiempo —dijo.

—Sí, claro. Cuando llegué, me dediqué a revelar y ampliar las fotografías que había tomado en la embajada. Tenía aquí material suficiente y, aunque yo me he quedado con los originales, he enviado por televisión imágenes de cada fotografía. Es posible que así consigamos encontrar el lugar donde está la bomba.

—Muy bien, pero primero cenaremos —propuso Dolly.

—De acuerdo.

Después de la cena, empezaron a repasar las fotografías de los documentos de la embajada. Súbitamente, Dolly se sintió acometida por una duda.

—Darcy, supongamos por un momento que encontramos el emplazamiento de la bomba —dijo.

—¿Y…?

—Esa bomba puede ser activada por una señal de radio, pero también dijiste que todo intento de desarmarla, provocaría su explosión.

—Es cierto.

—En tal caso, el trabajo que nos hemos tomado resaltaría inútil.

Darcy meneó la cabeza.

—Encontraremos la bomba y hallaremos la forma de desarmarla —contestó.

* * *

Albert Douavier y su ministro N'Bomo recibieron al día siguiente, muy temprano, al primer secretario de la embajada de Syppharion.

—Su excelencia la embajadora ha sido secuestrada —declaró Ruai, sin apenas preámbulos.

—No tenemos la menor noticia —aseguró Douavier.

—Ha sido secuestrada, insisto —dijo Ruai—. Por el momento, vamos a guardar la noticia en secreto. Declararemos que su excelencia la embajadora se halla indispuesta... enfermedad que durará una semana, exactamente, a contar de este momento. Si, pasado este tiempo, no hubiese aparecido la embajadora, haríamos explotar la bomba.

N'Bomo respingó.

—Ustedes también morirían —dijo.

—Estamos dispuestos a sacrificarnos por nuestra patria planetaria —contestó el visitante con acento rebosante de orgullo.

—Ya —dijo Douavier con sorna—. Unos «kamikazes» del siglo XXIV. Le aseguro, señor primer secretario que no sólo no tenemos noticias sobre el paradero de la embajadora, sino que ni siquiera sabíamos que hubiera sido secuestrada.

—¿Han pedido rescate? —preguntó N'Bomo.

Ruai se desconcertó un tanto.

—Pues... no —respondió—. Pero no es necesario...

—Señor Ruai, en todos los casos de secuestro que yo conozco, siempre se ha pedido un rescate, en metálico o en especie. Nosotros mismos, ¿no estamos secuestrados por ustedes?

—Bueno, la cosa es distinta...

—Sólo en la forma, pero no en el fondo. Si no pagamos el uno por mil de nuestro P.P.B., ustedes destruirán la Tierra.

—Así es.

—Bien, espere un poco; el secuestrador, suponiendo que exista, ya pedirá un rescate...

Douavier alzó una mano.

—Señor Ruai, creo que hay una posibilidad que se nos ha escapado a todos —dijo.

—¿Sí, excelencia?

—La embajadora es joven y muy bella. ¿Qué me dice usted de

una posible fuga con algún enamorado suyo?

—Imposible. Una sypphariana no se casaría jamás con un terrestre —contestó Ruai despectivamente.

—Amigo mío, en cuestión de amores es usted un inexperto. Cuando Cupido anda de por medio, ni la raza ni el color importan un rábano. Además, yo no he dicho que la embajadora haya podido enamorarse de un terrestre.

—Tampoco de un sypphariano, ya que no hemos notado la menor falta entre el personal de la embajada —arguyó Ruai.

—¿Qué me dice de otros syppharianos? Hay comerciantes, vendedores, artistas, turistas...

—No, no se trata de un sypphariano —insistió tozudamente el visitante.

N'Bomo volvió a intervenir.

—Haremos lo que podamos —prometió—. Toda nuestra fuerza policial, en el más absoluto secreto, se dedicará a buscar a la embajadora.

—Espero que lo consigan. Sea como sea, sólo tienen una semana de plazo.

—¡Aguarde un momento! —exclamó Douavier—. Señor Ruai, usted dice que no importa que algunos syppharianos mueran si se produce la explosión de la bomba.

—Así es, incluso aunque se trate de mí.

—Por tanto, si la embajadora no aparece, ella morirá también.

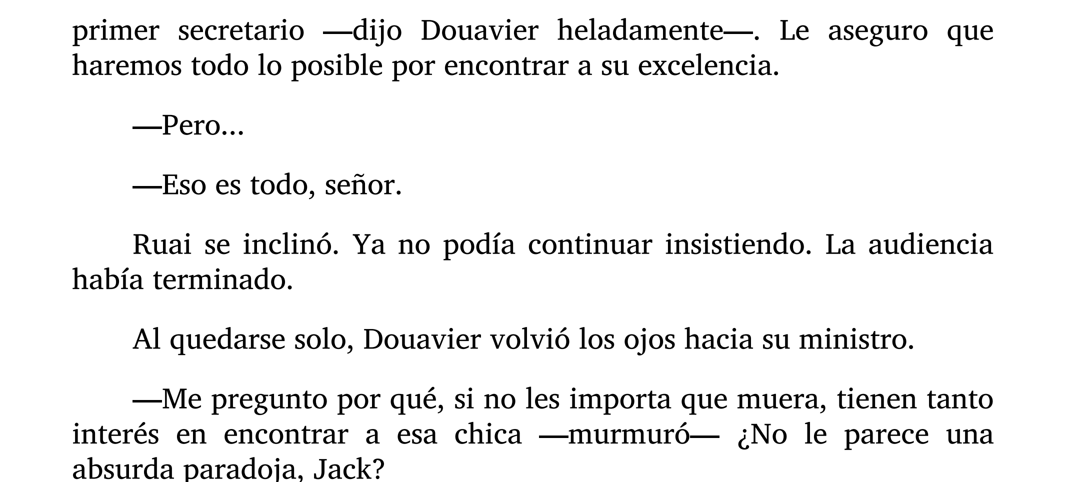
—Su augusto primo, el emperador, lo lamentará muchísimo, pero entre nosotros, la ley no establece distinciones.

—¡Magnífico! —dijo el presidente—. Siendo así, si no importa que la embajadora pueda morir, ¿por qué tiene tanto interés en encontrarla?

Ruai se quedó cortado un segundo,

—A fin de cuentas, es la jefe de misión diplomática, una persona de relieve...

—Hacia cuya vida no siente usted el menor interés. Gracias, señor



primer secretario —dijo Douavier heladamente—. Le aseguro que haremos todo lo posible por encontrar a su excelencia.

—Pero...

—Eso es todo, señor.

Ruai se inclinó. Ya no podía continuar insistiendo. La audiencia había terminado.

Al quedarse solo, Douavier volvió los ojos hacia su ministro.

—Me pregunto por qué, si no les importa que muera, tienen tanto interés en encontrar a esa chica —murmuró— ¿No le parece una absurda paradoja, Jack?

—Temo, señor, que sólo la interesada, y su acompañante, puedan resolvernos este problema —respondió N'Bomo.

—Usted sabe dónde están.

—Sí, señor.

—Bien, como ha dicho, es preciso resolver este problema. Jack, ponga manos a la obra, por favor.

* * *

Darcy Fronn se reclinó en la silla sobre la que llevaba ya sentado varias horas y contempló satisfecho el resultado de su labor.

—Ya lo tengo —exclamó en voz alta, justo en el momento en que Dolly entraba con una bandeja en la mano.

—Trabajas demasiado —dijo la joven—. He pensado que un poco de café te sentaría bien.

Darcy sonrió.

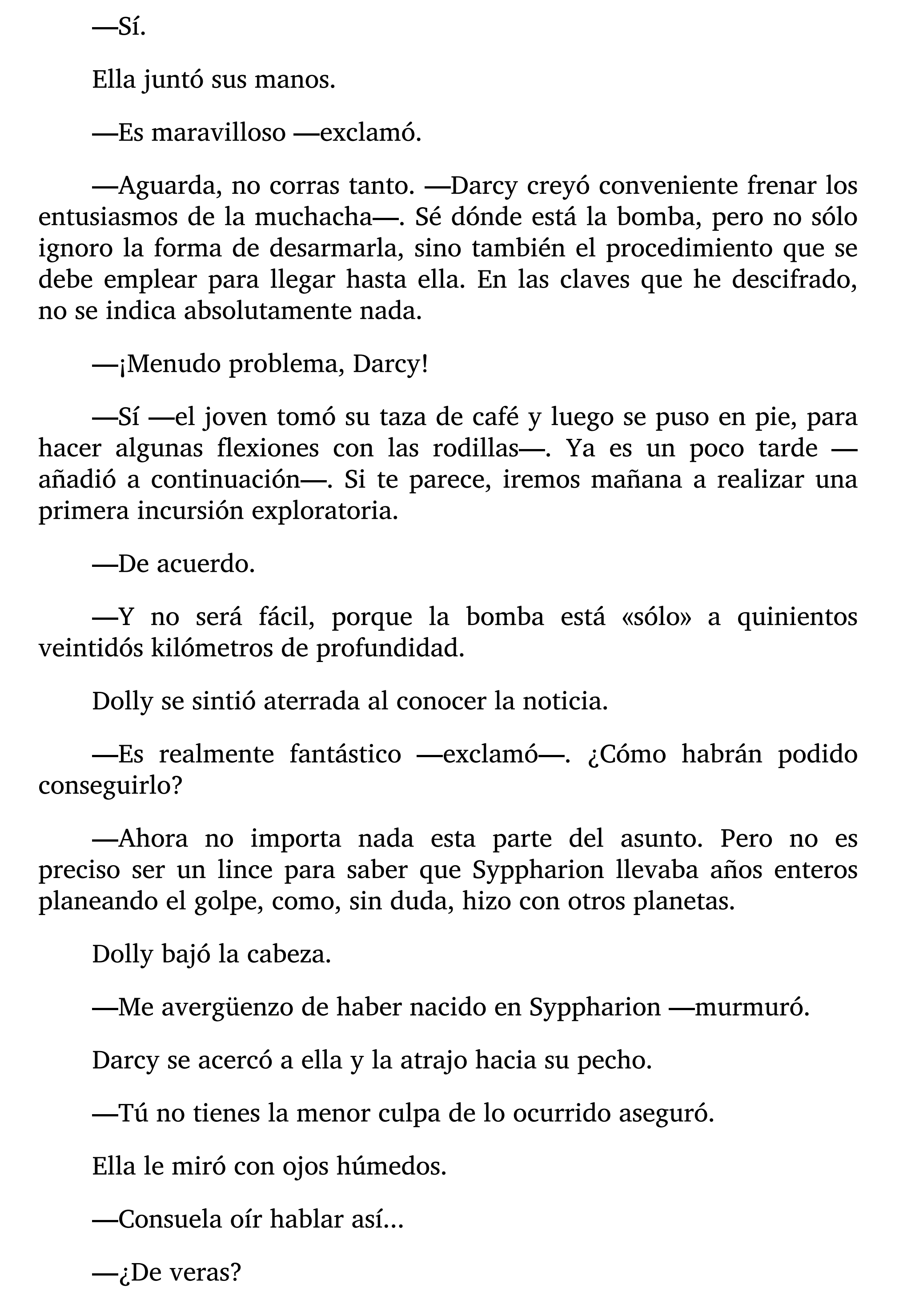
—Estás en todo —contestó.

Dolly llenó la taza. Luego contempló el montón de papeles que había sobre la mesa.

—¿Y bien?

—Asunto resuelto, excepto en un punto,

—¿Cuál, Darcy?



—La manera de desarmar la bomba.

—Es decir, la has localizado…

—Sí.

Ella juntó sus manos.

—Es maravilloso —exclamó.

—Aguarda, no corras tanto. —Darcy creyó conveniente frenar los entusiasmos de la muchacha—. Sé dónde está la bomba, pero no sólo ignoro la forma de desarmarla, sino también el procedimiento que se debe emplear para llegar hasta ella. En las claves que he descifrado, no se indica absolutamente nada.

—¡Menudo problema, Darcy!

—Sí —el joven tomó su taza de café y luego se puso en pie, para hacer algunas flexiones con las rodillas—. Ya es un poco tarde —añadió a continuación—. Si te parece, iremos mañana a realizar una primera incursión exploratoria.

—De acuerdo.

—Y no será fácil, porque la bomba está «sólo» a quinientos veintidós kilómetros de profundidad.

Dolly se sintió aterrada al conocer la noticia.

—Es realmente fantástico —exclamó—. ¿Cómo habrán podido conseguirlo?

—Ahora no importa nada esta parte del asunto. Pero no es preciso ser un lince para saber que Syppharion llevaba años enteros planeando el golpe, como, sin duda, hizo con otros planetas.

Dolly bajó la cabeza.

—Me avergüenzo de haber nacido en Syppharion —murmuró.

Darcy se acercó a ella y la atrajo hacia su pecho.

—Tú no tienes la menor culpa de lo ocurrido aseguró.

Ella le miró con ojos húmedos.

—Consuela oír hablar así…

—¿De veras?

—Sí, cariño.

Darcy la miraba intensamente. De pronto, buscó sus labios. Dolly correspondió apasionadamente. Sintióse envuelta en una especie de vértigo, en un fuego que la quemaba y se dejó llevar por aquel torbellino, olvidada en aquel maravilloso instante de todo cuanto no fuese el hombre que la tenía en sus brazos.

* * *

—Esto… me parece un sueño —sonrió Dolly mucho más tarde, mientras contemplaba las estrellas a través de la ventana abierta, en las oscuridad de la habitación en que se encontraba, estrechamente abrazada al hombre a quien amaba.

—Bueno, un sueño… hasta cierto punto —contestó él.

Dolly hundió el rostro en el amplio y confortable pecho varonil.

—Ahora me siento tuya, para siempre, mientras viva —musitó.

—Así será —aseguró Darcy.

De nuevo la besó. Dolly devolvió el beso y el vértigo de la pasión los rodeó de nuevo con su ardiente llamarada, abstrayéndolos de todo cuanto no fuesen ellos mismos.

De repente, se oyó un suave tañido.

Darcy se irguió.

—Alguien llama —dijo.

Momentos después, envuelto en una bata corta, estaba en el cuarto de comunicaciones. Movió una tecla y la pantalla se iluminó de inmediato.

El rostro de un hombre apareció ante sus ojos.

—Darcy, el ministro quiere hablarte en persona —anunció.

—Está bien.

N'Bomo se hizo visible un par de segundos más tarde.

—Señor Fronn, el primer secretario de la embajada de Sypharion ha venido a visitarnos y ha denunciado el secuestro de la embajadora. ¿Puede decirnos algo?

N'Bomo hablaba desde su despacho. De repente, vio aparecer a la muchacha detrás de Darcy.

—Sí, ya veo que está con usted, señor Fronn —añadió.

CAPÍTULO VIII

El hombre estaba sentado ante un enorme cuadro de mandos, sobre el que se veían pantallas, una de ellas de cinco metros de largo por tres de alto. En una de las pantallas se veía una línea roja que oscilaba ligeramente, según las inflexiones de las voces que se escuchaban por un altoparlante cercano.

Ruai estaba en pie, detrás de su operador. Al mismo tiempo que la raya roja, se veía moverse un puntito brillante en la pantalla grande. El puntito parecía viajar erráticamente, pero, de pronto, se detuvo en un lugar determinado.

—Localizado el lugar de recepción, señor —informo el operador.

Ruai sonrió satisfecho. Los hombres que habían construido aquellas perfectísimas instalaciones detectoras eran unos verdaderos artistas.

—Deme las coordenadas geográficas —pidió.

—Sí, señor.

El operador escribió algo en una libreta que tenía al alcance de su mano. Ruai arrancó la hoja y abandonó la estancia.

Kloil, Bhoss y Grol aguardaban en una sala contigua. Ruai les entregó el papel.

—Están aquí —dijo.

—Bien, señor. ¿Hemos de...?

—Sí.

Grol se estremeció.

—Aunque ella sea...

—No puede haber excepción para una traidora, por muy encumbrada que esté —dijo Ruai ceñudamente—. Ejecuten mis órdenes.

—Sí, señor —contestó Kloil. Había sido nombrado jefe de la operación—. Vamos, muchachos.

Ruai sonrió satisfecho. Ahora, cuando acabase todo presentaría

una nueva exigencia al gobierno de la Tierra.

Sólo un diez por ciento de lo que ya se había acordado. Ese diez por ciento, pensó satisfecho, ingresaría en su peculio particular.

* * *

Darcy cerró la comunicación y se volvió hacia la muchacha. Arrebujada en su bata, Dolly le dirigió una mirada llena de consternación.

—Es una situación crítica en extremo —dijo—. ¿Qué piensas hacer?

—Tú también tienes algo que decir al respecto —manifestó Darcy.

—Oh, querido, yo no deseo volver... Nos iremos de aquí, nos esconderemos en cualquier parte...

Darcy se pellizcó el labio inferior.

—Tenemos que marcharnos, es cierto —convino—. Ya hemos localizado el lugar donde está la bomba. Y puesto que la situaron a tanta profundidad, debe de haber forzosamente algún medio de llegar hasta ella.

—¿Tú crees?

—Seguro. Mira, un cacharro de esa clase es muy delicado. Yo pienso que, de cuando en cuando, alguien baja a revisarlo. Incluso puede que haya una guardia permanente... Por supuesto, estarán disfrazados; tal vez residan allí como unos simples granjeros o algo por el estilo... Pero una bomba capaz de quemar la Tierra no se coloca a más de quinientos kilómetros, sin que haya luego un medio de llegar hasta ella. Por lo menos, tuvieron que regresar, después de colocarla.

—Sí, parece lógico —convino Dolly—. Pero ¿qué sucederá cuando hayamos llegado? Cualquier intento de desarmarla, provocará ineludiblemente su explosión.

—Cariño, no hay bomba que no se pueda desactivar, de una forma u otra. Mira, ya has oído al ministro N'Bomo. Tú le has dicho que no quieres volver, pero él no se lo ha tomado en serio y te ha sugerido la conveniencia de ocupar de nuevo tu puesto...

—¡No quiero, Darcy! —exclamó ella enérgicamente—. Tenemos que encontrar la bomba; eso es lo más importante de todo. Y cuando la hayamos hallado, yo me encargaré de que se sepa en todos los

planetas que hayan sido sometidos al yugo imperialista de Sypphation. Tú me ayudarás, ¿verdad?

Darcy sonrió, a la vez que acariciaba su mejilla.

—Eres una chica maravillosa —murmuró.

Ella le besó cálidamente, pero Darcy rompió el contacto muy pronto.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder —dijo.

Mientras ella se vestía, Darcy preparó el equipo que debían llevar. Habían llegado hasta allí mediante traslación instantánea, pero en el hangar del edificio había un pequeño aeromóvil, capaz de llevarlos al punto más alejado del globo.

Una hora más tarde, estaban listos para la partida. Darcy agarró a la muchacha por la mano y la llevó hasta el aparato. Sujetó su cuerpo con los arneses de seguridad y luego ocupó el puesto del piloto.

Unos segundos más tarde, el aeromóvil se despegaba del suelo. Apenas habían alcanzado los cien metros, se produjo una terrible explosión casi justo debajo de ellos.

* * *

El fogonazo alcanzó dimensiones apocalípticas y el estampido resultó atronador. La onda explosiva chocó contra el aeromóvil y le hizo dar unas cuantas volteretas en el aire.

Darcy oyó chillar a la muchacha, pero estaba completamente ocupado en recobrar el dominio del aparato. Cuando al fin lo consiguió, se dio cuenta de que estaban a muy poca distancia del suelo.

Intentó remontarse. Los mandos obedecieron muy precariamente. Darcy comprendió que la explosión había dañado algunos instrumentos. El aeromóvil se precipitó oblicuamente hacia el suelo.

Por fortuna para ellos, aparte de que la altura no era excesiva, cayeron en el arroyo. El aeromóvil chocó contra las aguas, enviando a las alturas una enorme cantidad de espumas. Por efecto del impulso, resbaló unos cuantos metros y acabó por detenerse con brusco impacto en la orilla.

Desde el lugar en que se hallaban, Darcy pudo ver el incendio, que consumía la casa. Ignoraba la forma en que habían sido

localizados, pero no le cabía la menor duda de que los atacantes habían disparado un cohete de alto poder explosivo.

Dolly parecía aturdida por el choque, aunque no herida. Darcy agarró la mochila que formaba parte del equipo. En último caso, se llevaría sólo aquella bolsa aparte del viejo revólver que pendía de su cinturón y en el que confiaba más que en las armas modernísimas que usaban otros agentes.

Desató a la muchacha y la sacó fuera del aparato. Ella empezó a reaccionar.

—Darcy, ¿qué ha pasado? —preguntó con voz torpe.

Él la condujo a la orilla del arroyo y la hizo ponerse a gatas.

—Refréscate la cara, eso te aliviará —dijo.

Con el revólver en la mano, se volvió hacia el fulgor del incendio, situado a menos de un cuarto de kilómetro. Unas siluetas se movían en torno a la casa.

—¡Os digo que escaparon en su aeromóvil! —gritó alguien—. La explosión lo derribó; ha caído cerca del arroyo.

—Bien, vamos a ver —contestó otro—. En todo caso podemos volver aquí...

Darcy corrió hacia la muchacha.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. La cabeza me zumba...

—Es lógico. Ven, cariño.

Dolly aceptó la mano que le tendían. Darcy tiró ella.

—No hagas ruido —murmuró.

Cerca de ellos se oyeron crujidos de ramajes. De pronto, Darcy supo que los atacantes iban a pasar muy cerca del lugar en que se hallaban.

—Échate, Dolly —susurró.

Ella se tendió en el suelo, mientras Darcy se acuclillaba detrás de un arbusto. Segundos después, vio a los tres hombres a muy pocos pasos de distancia.

Esperó un momento. Luego se puso en pie.

—Estoy apuntándoles con un arma —dijo—. Tiren sus pistolas y levanten los brazos.

Kloil y sus acompañantes se quedaron estupefactos al verse sorprendidos por la espalda. Pero Bhoss no quiso obedecer la orden y giró velozmente, con la pistola a punto.

El revólver de Darcy vomitó dos fogonazos. Bhoss gritó un poco y se desplomó al suelo.

—Ustedes verán si tienen ganas de seguir a ese idiota al infierno —exclamó Darcy duramente.

Dos pistolas cayeron sobre la hierba. Luego, resignadamente, Kloil y Grol levantaron los brazos.

—Eso está un poco mejor —añadió el joven—. Caminen seis pasos y quédense quietos.

Los dos sujetos obedecieron. Sin perderles de vista, Darcy avanzó un poco, se inclinó y, sucesivamente, arrojó al arroyo las tres pistolas, que chisporrotearon brevemente, cuando el agua invadió sus mecanismos y provocó cortocircuitos que las inutilizaban. Luego volvió junto a la muchacha.

—Sigan ahí durante cinco minutos. Si se mueven antes de transcurrido ese plazo, morirán inapelablemente.

Kloil y su compañero permanecían inmóviles, convertidos en estatuas. La decidida resolución de Darcy, al disparar sin vacilar, les había hecho aprender la conveniencia de obedecer ciegamente sus órdenes.

Darcy se reunió con la joven y agarró su mano.

—No hagas ruido —insistió una vez más. Lentamente, retrocedieron hasta el lugar donde aún continuaba ardiendo la casa. El aeromóvil utilizado por esbirros de Ruai se hallaba a prudente distancia. Darcy empujó a la chica al aparato.

—Supongo que, como embajadora, no tendrán inconveniente que utilicemos un aeromóvil que os pertenece —sonrió.

Dolly estaba muy seria.

—Has tenido que matar a un hombre —dijo.

Darcy se quedó parado.

—Él iba a disparar contra nosotros —alegó.

—Sí, lo sé —suspiró ella—. Pero no deja de ser un hecho que me disgusta sobremanera.

—Dolly, nosotros los terrestres no somos los que hemos dado el primer paso. Yo no te culpo a ti en absoluto de lo que han hecho algunos syppharianos, pero debes recordar que millones de personas que vivían tranquilas y felices en Triakkor VI murieron horriblemente sin tener la menor culpa de lo que sucedía. También aquí podría suceder lo mismo, ¿comprendes?

Dolly le abrazó de repente y, hundiendo la cara en su rostro, rompió a llorar amargamente.

—Eso es lo peor de todo —dijo—. Ver que tienes razón me hace sentirme inmensamente afligida…

Darcy palmeó suavemente sus espaldas.

—Querida, has tomado una decisión, has roto todos los puentes… Ahora, te guste o no, tienes que seguir adelante hasta el fin. Y piensa en que sólo son unos cuantos los que han tramado este plan; sólo son muy pocos los que quieren dominar a decenas de millones de personas por el terror. Si reflexionas un poco sobre todo esto, te sentirás mejor, créeme.

Dolly hipó un poco y acabó por asentir.

—Sí, vámonos —dijo.

Instantes después, el aeromóvil se elevaba por los aires.

Mientras, Grol y Kloil corrían hacia el otro aeromóvil.

—Lo han abandonado —dijo—. Podemos perseguirles…

Entraron en la cabina. Kloil se puso ante los mandos, pero, con gran asombro, observó que el aparato descendía nuevamente, después de haberse elevado apenas un par de metros.

—Está averiado —barbotó, furioso.

—Usa la radio —sugirió el otro.

Kloil manejó los controles, pero la señal era debilísima. Seguramente, pensó, mientras arrojaba espumarajos de rabia, la

unidad de energía no suministraba la necesaria para hacer funcionar el transmisor, a causa de la avería producida por la violencia del impacto. Al cabo de unos momentos de esfuerzos inútiles, se puso en pie y arreó un violento puntapié al cuadro de mandos.

—Será mejor que nos larguemos —dijo.

—Bhoss ha muerto. ¿Qué hacemos con él? —consultó Grol.

—Lanzaremos su cuerpo al arroyo… o mejor, al fuego. De este modo, cuando encuentren sus restos, no podrán identificarlo.

—Pero alguien sabrá que…

—Estúpido, claro que lo sabrán. Sin embargo, no dirán nada, porque les conviene el secreto, tanto como a nosotros. Vendrán policías corrientes y ya no podrán identificar a Bhoss; esto es lo que nos interesa, ¿comprendes?

Grol se encogió de hombros. Pensando en la perspectiva de los kilómetros que debía recorrer a pie, todo lo demás le tenía sin cuidado.

* * *

—¿Adónde vamos? —preguntó Dolly, apenas el aeromóvil hubo levantado el vuelo.

—Por supuesto, a buscar la entrada del camino que conduce a la bomba —respondió él—. Pero como sé que todavía dudas, quiero que reflexiones sobre algo en que, seguramente, no has pensado demasiado todavía.

—Bien, habla —invitó la muchacha.

—En Triakkor VI estalló la bomba. Yo vi la película… el jefe del servicio secreto tenía una copia y la pasó para mí. Te aseguro que era algo horripilante; ver un planeta que se convierte en cenizas, es algo que pone los pelos de punta. Y no se trata de una fantasía o de un truco cinematográfico; naves de exploración terrestres han volado por el sistema a que pertenecía ese planeta y sus tripulantes han podido comprobar que Triakkor VI ha desaparecido.

»Ahora bien, la proyección, a ritmo acelerado, dura exactamente doce minutos. La nave que filmó la catástrofe tomó fotogramas a razón de uno cada diez segundos, en total diecisiete mil doscientos ochenta fotogramas, que después, proyectados en la pantalla, a razón de veinticuatro por segundo, dan como resultado una película de la

duración que ya he dicho. Es decir, en doce minutos, se puede contemplar la agonía de un planeta durante cuarenta y ocho horas.

»En la proyección se ve claramente que el incendio aparece en uno de los bordes de Triakkor VI. Ahora bien, trata de imaginarte un fuego que se extiende por un planeta tipo Tierra a enorme velocidad. Procura pensar en las gentes que ven el incendio a lo lejos, avanzando raudamente, inconteniblemente; trata de figurarte en el terror que sienten, mientras, inútilmente, corren y corren, abandonándolo todo, tratando en vano de salvar a sus seres queridos, procurando huir de ese fuego devorador que se extiende rapidísimamente en todas las direcciones... Si aceptamos que Triakkor VI tenía, más o menos el diámetro de la Tierra, resulta que el fuego, tan sólo en la superficie, se propaga a más de cuatrocientos kilómetros a la hora. ¿Puedes darte cuenta siquiera del espantoso terror que acometió a unas pobres gentes, que no tenían culpa de nada y que murieron sin saber lo que pasaba y sin la menor esperanza de salvarse?

Dolly no contestó.

Oculta la cara entre las manos, sollozaba convulsivamente.

Darcy dejó que la muchacha se desahogase. Vigiló los instrumentos con gran atención y, al cabo de unos minutos, llegados a una cota adecuada, estableció el rumbo y conectó el piloto automático.

CAPÍTULO IX

El aeromóvil capturado a los sicarios de Ruai no era del tipo corriente. Era un aparato lujoso, destinado a viajes de larga distancia, en el que, incluso, había un saloncito, con un aparador, botellas, copas y una máquina dispensadora de diversas bebidas no alcohólicas: café, cacao, leche, té y refrescos de varias clases. Darcy eligió un vasito de café, al que añadió unas gotas de coñac.

Luego regresó junto a la muchacha.

—Bebe, te sentará bien —sonrió.

Dolly hizo un esfuerzo por serenarse. Darcy le entregó junto con el vaso, una servilleta de papel, con la que ella se enjugó los ojos todavía húmedos.

—Me parece que he hecho un discurso excesivamente dramático —añadió él, después de servirse otra ración de café, también con gotas.

—No, no —exclamó Dolly con gran vehemencia—. Yo no he visto la película, pero me parecía estar frente a la pantalla. Has hecho perfectamente en describirme la realidad de las cosas. Ya no puedo tener ninguna duda acerca de cuál es mi deber.

—Bien, en tal caso, ahora nos vamos a preocupar de establecer un plan para llegar al lugar por donde se puede alcanzar la bomba.

—Está a quinientos veinticinco kilómetros —dijo.

—Sí. He tenido ocasión de informarme sobre ese punto. Por supuesto, es el lugar adecuado... pero vamos a esperar a pasado mañana —declaró Darcy sorprendentemente.

—¿Por qué?—se extrañó Dolly.

—Preciosa, pasado mañana es domingo y en este planeta existe la curiosa costumbre de considerarlo como día festivo. También hoy viernes, por supuesto, pero es posible que incluso nos encontrásemos algún rezagado. A pesar de todo, no encontraremos desierta la entrada. Se trata de una mina y siempre queda personal de vigilancia.

—Oh, una mina.

—El sitio más lógico, ¿no?

—Pero ¿cómo pudieron…?

Darcy se levantó y hurgó en su mochila, de la que regresó con un papel en las manos.

—La mina pertenece a la *Clarence Coal Corporation* una sociedad dedicada a la extracción de carbón de piedra, mineral que, aunque parezca mentira en estos días todavía tiene usos y aplicaciones de cierta importancia. Pero resulta que la C.C.C. clausuró su mina hará unos diez años, porque ya no era rentable. Sin embargo, hace poco, un abogado llamado W. T. Hartnum, compró la mina, con todas las instalaciones, por cuenta de un cliente cuyo nombre no quiso revelar.

»La operación era legal y los dueños de la C.C.C. se sintieron encantados de vender algo que ya no producía sino gastos. Poco después, llegaron algunos ingenieros técnicos y trabajadores y se reanudó la extracción del carbón. Y así continúa la cosa, porque el comprador que incluso incluyó el nombre de la *Clarence* en el trato sigue los trabajos, a pesar de las pérdidas sufridas. Naturalmente, las pérdidas no importan. Son un par de millones al año, pero, en comparación con lo que tu augusto primo piensa obtener del P.P.B. de la Tierra resultan una futesa. Bien mirado, no es sino una inversión a largo plazo, que se recuperará luego más que con creces.

—Y nosotros vamos a entrar en esa mina…

—El domingo, que es cuando menos gente queda en las instalaciones —contestó Darcy—. Según los informes hay varios pozos con profundidades superiores a los mil metros. En mi opinión, el «Big Hole», que tiene dos mil doscientos metros de profundidad, es el pozo que conduce a la bomba.

Dolly se estremeció.

—Aún así, quedarán quinientos veintitrés kilómetros —dijo.

—Los recorreremos —afirmó Darcy, con la misma tranquilidad que si anunciase una excursión para merendar en el campo.

* * *

Dolly se acercó a la roca, estiró los brazos y se lanzó de cabeza al agua del remanso, que se rompió en multitud de chispas plateadas. Un poco más abajo, Darcy, acuclillado frente a una pequeña hoguera, doraba en una sartén improvisada con una bandeja cuatro truchas que había pescado aquella misma mañana.

La muchacha nadó durante un buen rato. Luego, cuando oyó la voz de Darcy, salió del agua, se secó rápidamente y, después de vestirse, corrió hacia el campamento.

—Huelen maravillosamente —palmoteó.

—Aquí, en nuestro planeta, todavía quedan cosas buenas —sonrió él, a la vez que le daba dos truchas en un plato, junto con una rebanada de pan—. Y quiero que continúen siéndolo —añadió.

—Aquí se está muy bien —dijo Dolly, mientras soplaba sobre las truchas, para que se enfriasen un poco—. Me gustaría encontrar un sitio como, éste, para construirme una casita y vivir la mayor parte del año.

—Bueno, después de la guerra, podrás hacerlo.

—¿Guerra?—repitió ella, extrañada.

—En cierto modo, lo es, sólo que ignorada por la gran masa y con poquísimas bajas, pero en el combate que se está librando, sólo puede haber un vencedor.

—La Tierra.

—Quizá no. Acaso debamos rendirnos y continuar sujetos a la humillación de pagar tributo durante decenas tal vez cientos de años. En esta guerra oculta, no puede haber un armisticio.

Dolly asintió.

—Creo que tienes razón —murmuró.

—Uno de los dos bandos debe ganar. O nosotros encontramos la bomba y la desarmamos...

—O los míos la hacen explotar.

—Sin importarles que tú mueras también... —de pronto, Darcy se quedó muy pensativo—. Hay algo que no acabo de entender por completo —murmuró.

—¿De qué se trata?

Darcy agitó una mano.

—No tiene importancia —sonrió—. Deja las preocupaciones a un lado y concéntrate en las truchas.

—Están buenísimas —elogió ella, después de probarlas.

Comieron con gran apetito. Luego, Darcy se tumbó sobre la hierba y puso las manos bajo la cabeza.

Ella estaba arrodillada a su lado. De pronto, se inclino hacia adelante y unió sus labios con los del joven.

Volvió el silencio. Sólo se oía el leve rumor de las aguas del arroyo. Al cabo de un rato, Dolly apoyó la cabeza en el pecho del joven.

—Jamás olvidaré estos instantes maravillosos —dijo.

—Los recordaremos siempre —prometió él.

—A menos que…

Dolly se calló de pronto. A pesar de que lo había intentado, no podía olvidar por demasiado tiempo la crítica situación en que se encontraban.

—Hoy es sábado —murmuró—. El martes, a las diez de la mañana, se acaba el plazo.

Eran las doce y media. Dolly pensó que en la cuenta atrás sobre la propia existencia de la Tierra, quedaban ya menos de setenta y dos horas.

Darcy también lo sabía y no hacía más que preguntarse si podrían alcanzar el objetivo antes de que fuese demasiado tarde.

* * *

Tumbados de pechos sobre el suelo, protegidos por unas rocas, contemplaron el pequeño valle en que se hallaban las instalaciones de la mina. El rótulo que indicaba el nombre de la compañía propietaria destacaba claramente.

Un guardia armado se paseaba indolentemente por la entrada. Darcy estudió críticamente su posición.

Un poco más allá, a la sombra de un porche de madera, haraganeaban otros dos hombres. Vestían un sencillo uniforme y usaban sombreros de ala ancha. Los rifles estaban apoyados en la pared.

Darcy apreció que las instalaciones habían sufrido una renovación

a fondo. Era necesario, si se quería dar la apariencia de normalidad a la mina. Probablemente, habrían pasado más de una vez los inspectores del gobierno y Ruai y los suyos habrían querido evitarse complicaciones en todo momento. Incluso después de haber lanzado su amenaza al gobierno de la Tierra.

Un hombre salió del edificio de control y subió al aeromóvil. Antes de cerrar, dirigió un saludo a los vigilantes, quienes contestaron de la misma forma.

—Uno menos —murmuró Darcy.

El aeromóvil se alejó. Darcy reflexionaba profundamente.

El vigilante de la entrada estaba a menos de cincuenta pasos. Darcy apreció que, desde aquel lugar, no podía ver a los compañeros situados a la sombra, bajo el porche.

—Vamos a dar la vuelta —susurró.

Rodear las instalaciones les llevó casi una hora, pero, al fin, se encontraron en la trasera del barracón donde se alojaban los vigilantes. Darcy desenfundó su pistola.

—No te muevas —dijo.

Avanzó unos pasos más. De los dos vigilantes, uno dormía, recostado en la silla contra la pared, con el sombrero sobre el rostro. El otro bostezaba aparatosamente.

Tal vez eran syppharianos con documentación falsa, pensó. Era lógico que se hicieran pasar por terrestres.

Lo raro del caso era, pensó, que Ruai y los suyos no hubiesen hecho todavía acto de presencia.

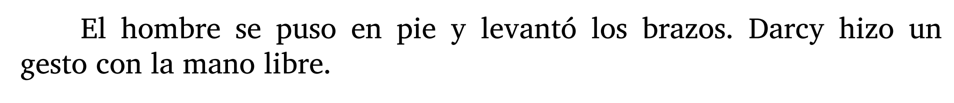
¿Acaso no habían regresado aún a la embajada Kloil y su compinche?

Como fuera, ya no podían perder más tiempo. Menos de cuarenta y ocho horas les separaban del instante en que debía producirse la explosión, según las declaraciones de Ruai.

Asomó la cabeza. Siseó un poco.

El vigilante despierto se volvió. Respingó al verse encañonado por un revólver.

—Cuidado —dijo Darcy a media voz.


El hombre se puso en pie y levantó los brazos. Darcy hizo un gesto con la mano libre.

Dolly corrió hacia él.

—Los rifles —indicó.

La muchacha comprendió en el acto. Cuando se apoderaba de las dos armas, el guardia dormido se despertó sobresaltado.

—¡Quieto! —gritó Darcy.

El hombre se puso en pie, estupefacto. Darcy avanzó hacia ellos.

—¿Cuántos vigilantes hay, aparte del de la puerta? —preguntó.

—Ninguno, sólo nosotros tres...

—¿Hay operarios de mantenimiento?

—No. Se han ido todos.

Darcy sonrió satisfecho.

—¿Syppharianos o terrestres? —preguntó.

—Lo primero —contestó de mala gana uno de los vigilantes.

—Está bien. Dolly, entra en el barracón. Veo cortinas desde aquí, de modo que ya tenemos cuerdas pare atarlos.

La muchacha obedeció. Cinco minutos más tarde, los dos vigilantes yacían en el suelo, atados como salchichones.

—Queda el de la puerta—dijo ella temerosamente.

—No te preocupes.

Darcy abandonó el barracón, salió a la explanada y disparó un tiro al aire. Inmediatamente, regresó a esconderse.

El vigilante de la entrada apareció corriendo, con el rifle a punto. Extrañado, miró a todas partes, sin ver a nadie.

Aprensivo, dio unos cuantos pasos más. De repente, oyó una voz a su espalda.

—Le estoy apuntando con un arma. Si tiene ganas de volver vivo a Sypharion un día, deje caer el rifle al suelo.

El hombre obedeció sin vacilar. Darcy se acercó hacia él y le

empujó con la mano izquierda.

—Adentro —ordenó.

Dolly aguardaba con unos cordones dispuestos y la sonrisa en los labios.

—Bien venido a la recepción —saludó.

—Es... la embajadora —exclamó el hombre, atónito.

—Así es. Oiga, usted me parece conocido —dijo Dolly—. Llegó hace poco a la Tierra...

—Me llamo Karz, señora. El primer secretario me envió aquí, apenas llegué.

—Karz, ¿le dio instrucciones el primer secretario?

—No, señora; sólo me dijo que tendría que actuar como vigilante de esta mina, tal como lo haría un terrestre. Los otros me enseñaron la tarea que debía realizar. En Syppharion se me dijo que debía obedecer en todo al primer secretario y eso es lo que he hecho hasta ahora.

—¿Le ha dicho Ruai lo que hay en esta mina?

—Carbón, señora. Se nos instruyó para actuar sin pedir explicaciones.

—Karz, usted ya se puede imaginar fácilmente que no le trajeron de Syppharion sólo para vigilar una mina de carbón, ¿verdad?

—Bien, las instrucciones que tengo son de no hacer preguntas... Me imagino que se trata de algún proyecto secreto, pero ni ellos —señaló a los vigilantes caídos— ni yo tenemos la menor idea de lo que pueda ser.

Darcy sonrió.

—La vieja frase de que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha —comentó—. Bien, Karz, lo lamentamos mucho, pero no tenemos otro remedio que atarle...

—¡Espera un momento! —exclamó Dolly—. Karz, usted me conoce. Sabe que soy la prima del emperador.

—Sí, señora.

—Por mi rango, estoy sobre Ruai. ¿Qué diría usted si yo le

ordenase que me obedeciera a mí exclusivamente?

—Tendría que hacerlo, señora —respondió Karz—. Y mis compañeros también...

Dolly se volvió hacia el joven.

—Podemos hacer algo mejor que tenerlos aquí atados —dijo—. A fin de cuentas, es probable que tardemos muchas horas en volver a la superficie.

—Dolly...

—Por favor, yo también sé conocer a la gente. Karz, le vamos a soltar a usted y a sus compañeros y se marcharán ahora mismo a... ¿adónde te parece, Darcy?

El joven se encogió de hombros.

—A Australia —contestó.

—Iremos a donde nos ordene, señora —exclamó Karz.

—¿Tienes algún dinero, Darcy?

Los ojos de Darcy se elevaron a lo alto. Metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de billetes.

—Váyanse ahora mismo —dijo.

—Sí, señor.

—Y guarden absoluto secreto sobre lo que ha sucedido aquí —recomendó la muchacha.

—Puede estar segura de ello, señora —prometió Karz.

CAPÍTULO X

—Es mejor así, Darcy —dijo Dolly, después de que el aeromóvil en que viajaban los tres vigilantes se hubo perdido de vista—. Esos pobres hombres son simples soldados, traídos aquí para cubrir puestos que no podían ser confiados a terrestres. Pero, al mismo tiempo, no son como los asesinos con los que nos hemos enfrentado.

Darcy simuló una reverencia clásica.

—Señora, admiro vuestra inteligencia; que no cede a vuestra hermosura —sonrió.

—Déjate de tonterías —dijo ella, sofocada—. Me pareció que debía hacerlo; ellos no son culpables de lo que hacen ciertos ambiciosos sin escrúpulos.

—Sí, es cierto. Bueno, vamos a los ascensores.

Cuando cruzaban la explanada, Darcy no pudo por menos de reparar en una enorme chimenea, situada a unos trescientos metros, en una ladera pedregosa. La chimenea medía unos cien metros de altura y tenía unos veinticinco de diámetro en la base. La boca de salida de humos era casi igual.

Poco después, llegaron al cuarto de ascensores. Había varios de ellos y Darcy eligió el señalado con el rótulo de «Big Hole».

Las suposiciones de Darcy se confirmaban: el equipo de la mina había sido modificado de forma asombrosa. El ascensor parecía el de un hotel de lujo, incluso con banquetas forradas y un pequeño cuadro de mandos, con algunos indicativos sorprendentes: MÚSICA DE FONDO, REFRESCOS, TE, CAFÉ… y AIRE ACONDICIONADO.

—No se privan de nada estos mineros —comentó Darcy, mientras pulsaba a fondo el botón señalado con el indicativo de profundidad máxima.

El arranque del ascensor fue muy suave, pero su velocidad se aceleró gradualmente, de tal modo que, pocos segundos más tarde, calculó que descendían a unos sesenta kilómetros por hora.

Minuto y medio más tarde, el ascensor refrenó su marcha y se paró instantes después. La puerta se abrió automáticamente y Darcy y la muchacha quedaron frente a un túnel iluminado por bombillas

eléctricas que pendían espaciadamente del techo.

Los elementos de trabajo se hallaban a poca distancia. El ascensor de carga aparecía visible igualmente. En una de las paredes, Darcy leyó una placa que indicaba la profundidad máxima: 2.201 metros.

El túnel se perdía a lo lejos, sin que pudiera verse el final. Darcy se quedó irresoluto durante unos instantes.

—Me parece que no hemos conseguido gran cosa —se lamentó la muchacha.

—Al menos, lo habremos intentado —contestó él, no de muy buen humor.

De pronto, echó a andar. Dolly le siguió. Las pisadas de los dos sonaban con lúgubres ecos en el absoluto silencio que reinaba a semejante profundidad.

El túnel tenía casi tres kilómetros de largo y lo recorrieron en toda su longitud, sin encontrar nada que pudiera llamar su atención. Cansados y un tanto desmoralizados, regresaron al ascensor.

—Convendría que tomásemos algo —sugirió él— ¿Qué prefieres?

—Café.

—Café para dos —sonrió Darcy.

La máquina sirvió la bebida. Mientras sorbía su café, Darcy contempló el cuadro de mandos con cierta perplejidad.

—¿Qué miras? —le preguntó ella.

—Es curioso —murmuró Darcy—. Nunca se me hubiera ocurrido que a los mineros del carbón se les sirviesen cigarrillos gratuitamente.

—¿Por qué no? Algunos serán fumadores...

—No en una mina de carbón, donde las precauciones sobre el grisú son extraordinarias.

—Tal vez cogen el tabaco a la salida.

—Pudiera ser... pero sigo encontrándolo extraño.

Dolly rio sarcásticamente.

—Ruai es un hombre muy considerado con sus empleados— comentó—. Debiera tener también un botoncito con el indicativo de:

APRIETE SI QUIERE UN PAR DE BILLETES DE A CIEN.

Otro de los botones tenía el indicativo de: PERIÓDICOS.

—¿Periódicos? —repitió—. Un minero sale hecho polvo después de su jornada y lo único que quiere es descansar y tomarse un baño. Además, el viaje dura un minuto y medio y no hay tiempo de leer más que los titulares.

—Eres un tipo muy desconfiado ¿Qué pasa si les obsequian con el diario para que lo lean en su casa, mientras se bañan?

—Bueno, vamos a comprobar si esto que dicen los botones es cierto —contestó él.

Primero apretó el de los cigarrillos, pero no salió ningún paquete de tabaco. Luego presionó el de los diarios y sucedió lo mismo.

—¡Je! Menudo timo…

Darcy se interrumpió antes de concluir la frase. Súbitamente, el suelo del ascensor se hundió en las profundidades.

* * *

Dolly lanzó un chillido de susto al darse cuenta de que la cabina se quedaba arriba. Darcy, tras la primera sorpresa, empezó a comprender que habían dado con la solución para llegar al lugar donde estaba la bomba.

El descenso de la plataforma fue muy breve, aunque no tanto que Darcy no advirtiese las compuertas que se abrían y cerraban sucesivamente para dejarles paso. Cincuenta metros más abajo, la plataforma se paró.

Darcy saltó al suelo, seguido por la muchacha. Los dos, con ojos absortos, contemplaron el singular espectáculo que ofrecía aquella caverna amplia, de forma semiesférica y paredes absolutamente pulidas.

El diámetro era de unos sesenta metros. En uno de los lados vieron una especie de perchero de grandes dimensiones, del que colgaban varios trajes de aspecto singular. En el centro se veía una caseta de paredes transparentes, de forma cilíndrica, de unos tres metros de altura por cinco o seis de diámetro.

—Darcy, ¿para qué sirven esos trajes? —preguntó ella, intrigada.

El joven se acercó al perchero. Junto a cada traje, había una pesada mochila, destinada a colocarse en la espalda. Darcy leyó atentamente las indicaciones que había en la cara superior de la mochila más cercana, que tenía forma de caja cuadrada.

Entonces, todo se le hizo más comprensible.

—Dolly, si queremos llegar hasta la bomba, hemos de ponernos estos trajes —dijo—. En el fondo, hay una temperatura muy elevada y los trajes son antitérmicos.

—Piensan en todo, ¿eh?

—El calor interno de la Tierra es algo lógico a quinientos veinticinco kilómetros de profundidad —contestó él—. Bien, empieza tú; yo te ayudaré.

Los trajes eran completos, con el cuadro de mandos sobre el pecho. La escafandra disponía de radio. Darcy hizo que la chica se aprendiese bien el manejo de los instrumentos y procuró que quedase adecuadamente equipada.

Luego se puso el traje y comprobó el perfecto funcionamiento del equipo refrigerador y de la radio. El revólver, a precaución, quedó pendiente de uno de los ganchos de que iba provisto el traje, para colgar herramientas o instrumentos que pudieran necesitar quienes usaban aquellos complicados equipos

Al terminar de vestirse, se dirigieron hacia el ascensor. Cuando ya estaban en la plataforma, Darcy agarró la mano de la muchacha.

—¿Tienes miedo?

Ella hizo un gesto negativo. Darcy apretó el botón de descenso y aquella plataforma se hundió en las profundidades.

La velocidad era vertiginosa. Darcy comprendió que la plataforma tenía en los lados algunos huecos, a fin de que escapara el aire contenido en el pozo, que de otro modo habría impedido el descenso a partir de cierto nivel, por simple compresión. En el centro había una pequeña columna, con varias asas, a fin de que los viajeros pudieran agarrarse durante el viaje. La parte superior de la columna era plana y había en ella dos esferas indicadoras.

Una de ellas señalaba la velocidad. Darcy leyó la cifra 250 y se admiró del increíble trabajo realizado por los ingenieros sypharianos. *¿En cuántos planetas más habían hecho una obra semejante?*, se preguntó.

La otra esfera indicaba la profundidad en metros. Las cifras variaban vertiginosamente. Sin embargo, las indicaciones correspondientes a los kilómetros podían leerse con toda facilidad.

Una de las preguntas fue formulada en voz alta:

—Dolly, ¿dónde arrojaron los materiales extraídos para la construcción de este pozo?

—Sinceramente, no tengo la menor idea —contesto ella.

—El pozo tiene quinientos veintitrés kilómetros de profundidad, en números redondos. Su diámetro es de unos cinco metros. Por tanto, el volumen de material extraído, por kilómetro, es de casi ocho mil metros cúbicos y, en quinientos veintitrés, la cifra supera los cuatro millones de metros cúbicos. El peso, por tanto, rozará los treinta millones de toneladas. ¿Adónde ha ido a parar todo este material?

Dolly se sentía abrumada por las cifras.

—No sé… Todo esto me parece tan fantástico…

—He leído relatos de evasiones, en que los presos se fugaron después de cavar un túnel. Naturalmente, tenían que sacar la tierra y solían arrojarla al sumidero, en pequeños puñados o a los jardines contiguos, si los había, pero… treinta millones de toneladas es demasiada tierra para que los operarios de Ruai la sacaran en los bolsillos de su traje.

Era un problema realmente incomprensible. Cuatro millones de metros cúbicos, treinta millones de toneladas de escombros no se extraían tan fácilmente.

—Si el material extraído se reuniese en un bloque, tendría una longitud de diez kilómetros, una anchura de tres y una altura de mil metros. ¿Tienes alguna idea de lo que representa un edificio de esas dimensiones?

—Me siento pequeñísima —dijo Dolly de buen humor.

Sí, era realmente una notable obra de ingeniería.

—Pero aplicada al mal.

—¿Cómo dices?

—Este trabajo no ha proporcionado beneficio alguno a la humanidad —explicó él—. Todo lo contrario, puede representar un

daño absoluto si no conseguimos…

Darcy se interrumpió.

«Si no conseguimos desarmar la bomba, el planeta se convertirá en cenizas», pensó amargamente.

El viaje se hacía largo y monótono. Aun contando con la formidable velocidad de descenso, doscientos cincuenta kilómetros a la hora, parecía no tener fin.

* * *

Cuando el indicador señalaba la cifra 521, el ascensor empezó a reducir su velocidad.

—Estamos llegando —dijo Darcy.

Hasta entonces, habían estado envueltos en una oscuridad casi total, apenas disipada por el ligero resplandor de las esferas de los indicadores situadas en la columna de la plataforma. Pero, gradualmente, la luz aumentó hasta que, de pronto, cuando la plataforma empezaba, a detenerse, se hizo perceptible un fuerte resplandor que, sin embargo, no dañaba a las retinas.

Entonces, Darcy y la muchacha se encontraron en una enorme caverna, brillantemente iluminada, de contornos semiesféricos, como la que había más arriba, a quinientos veintitrés kilómetros de distancia.

Darcy consultó el termómetro del cuadro de mandos que tenía sujeto al pecho. Se estremeció. La temperatura rebasaba holgadamente los 200 °C.

—Es un lugar ideal para asar un pavo —comentó.

La plataforma descansaba sobre un suelo absolutamente liso, pulido como si fuese de mármol. Darcy se apeó y tendió una mano a la muchacha.

Absortos, contemplaron aquel singular espectáculo. Darcy comprendió que no había *bluff* alguno en las amenazas de Syppharion.

La bomba existía. Estaba allí.

En el centro de la caverna, no demasiado grande, para lo que habían esperado, pero siniestra y amenazadora.

Aquel artefacto, poco mayor que un barril corriente, podía convertir la Tierra en cenizas.

Vagamente, Darcy entrevió un par de puertas que, supuso, debían de permitir la entrada a alguna especie de cuarto de control. Pero ahora, su mente estaba ocupada en la bomba y en la forma mejor de desactivarla.

Lentamente, paso a paso, se acercó al tétrico artefacto, que tenía forma cilíndrica y era de metal oscuro brillante y pavonado. Medía poco más de dos metros de largo por uno de diámetro y estaba a dos del suelo, sustentada por dos delgadas columnas, rematadas en sendas horquillas que se adaptaban justamente a los contornos cilíndricos de la bomba.

En completo silencio, Darcy dio una vuelta completa a la bomba. Dolly le seguía, igualmente callada, sin atreverse a pronunciar una sola palabra.

Al llegar al lado opuesto, Darcy apreció una solución de continuidad en la pulida superficie de la bomba, como una portezuela cuadrada, de unos treinta centímetros de lado. En uno de los ángulos de la misma se divisaba un botón de color rojo oscuro.

—Por ahí se llega a los mecanismos de la bomba —adivinó.

—¡No la toques! —exclamó Dolly, muy asustada—. Recuerda que la bomba puede estallar si se intenta desactivarla.

—Pero algún medio debe de haber para conseguirlo, ¿no?

—En tal caso, no dejaremos que lo intenten.

CAPÍTULO XI

Darcy y la muchacha se volvieron, pasmados de asombro, al escuchar la voz. Habían creído que la caverna estaría deshabitada, pero era una suposición enteramente errónea.

Delante de ellos había dos hombres, ambos provistos de sendas pistolas de láser. Uno de ellos tenía en la mano izquierda un transmisor portátil. El uso del aparato se justificaba, dado que los dos hombres vestían de forma normal, sin trajes antitérmicos.

Entonces, Darcy miró el termómetro de su traje y vio que marcaba 25° C. Luego alzó la vista al techo de la caverna y advirtió un círculo de metal que cerraba herméticamente el túnel por el que habían descendido.

—Sí, la temperatura es normal aquí abajo —dijo el mismo hombre que ya había hablado una vez—. Tú, quítale el revólver.

El otro individuo avanzó oblicuamente hacia Darcy y se apoderó del revólver.

—Pueden quitarse las escafandras —ordenó el primero.

Darcy y la muchacha obedecieron. Entonces, el vigilante lanzó un grito de asombro.

—¡Es la embajadora!

Dolly se irguió orgullosamente.

—En efecto, soy la embajadora y les ordeno que nos dejen libres —exclamó.

El hombre meneó la cabeza.

—Lo siento mucho, excelencia —dijo—. Mi compañero Ksarvus y yo, Nattlo, sólo obedecemos órdenes del primer secretario.

—Y esas órdenes consisten en matarnos —supuso Dolly, muy pálida.

—Por ahora, sólo debemos impedir que nadie se acerque a la bomba —respondió Nattlo—. Señora, tenga la bondad de pasar a nuestro alojamiento. He de comunicarme con el primer secretario y enterarle de lo que sucede. Usted también...

—Vamos, Dolly —dijo el joven.

Estrechamente vigilados por los dos sujetos, Darcy y la muchacha caminaron hacia una de las puertas, que daba a una espaciosa habitación, sobriamente amueblada.

—Quítense los trajes, por favor —ordeno Nattlo.

Darcy y la joven quedaron con los trajes normales.

Ksarvus se llevó los equipos antitérmicos.

—Dolly, he oído algo que me hace pensar mucho —dijo Darcy, pasados unos instantes.

—¿He dicho alguna inconveniencia? —se alarmó Nattlo.

Darcy sonrió.

—Pues… sí. Amigo mío, temo que, como se dice en este planeta, haya metido la pata. Pero bien metida, créame.

—No he dicho nada comprometedor —alegó el sujeto orgullosamente—. Además, ni siquiera yo conozco la clave para desarmar la bomba.

—Bien, entonces, me gustaría saber por qué tienen órdenes de impedir que nadie se acerque a ese barril. Sabiendo que si se intenta desactivarlo, puede estallar, nadie que estuviese en su sano juicio intentaría hurgar en sus mecanismos.

—Tenemos esas órdenes, es todo lo que interesa —dijo Nattlo, hosco.

—Sí, pero hay algo extraño en esa decisión —murmuró Darcy pensativamente.

Ksarvus entró en aquel momento.

—Vigílalos —dijo Nattlo—. Voy a ver si consigo contactar con el primer secretario.

—Está bien.

Había una pantalla de televisión en uno de los ángulos de la estancia. Nattlo se acercó al aparato y manipuló en los mandos. Segundos más tarde se vio el rostro de una persona conocida.

—Señor, tengo a dos prisioneros. Son su excelencia la embajadora

y un hombre que la acompaña…

—¡Bravo, Nattlo! —exclamó Ruai—. Siga reteniéndolos; ahora mismo voy a reunirme con ustedes.

—Bien, señor.

Nattlo cortó la comunicación y se volvió satisfecho hacia sus prisioneros.

—Pueden sentarse —indicó.

—Muchas gracias, amigo. —Darcy hizo que la muchacha tomara asiento en el diván cercano y luego él se situó a su lado—. Nattlo, ¿se ha preguntado alguna vez cuál sería su suerte si Ruai lanzara la señal de radio que provocaría la explosión de la bomba?

—Señor, tanto mi compañero como yo estamos dispuestos a morir, si es necesario —contestó el vigilante con altivez.

—Da gusto oír hablar a gentes tan patriotas —comentó Darcy, sarcástico—. Dolly, ¿tú le crees?

—¿Por qué no? A saber si no han acondicionado su mente para morir antes que incumplir las órdenes recibidas —contestó ella.

Darcy se reclinó en el diván.

—Pero hay algo que me extraña desde el primer momento —dijo —. Ruai no quería, bajo ningún concepto, que tú llegases aquí. Sin embargo, está dispuesto a hacer estallar la bomba, a menos que te entregues antes de las diez de la mañana del martes. ¿No lo encuentras… incomprensible?

—A mí me parece lógico, Darcy —respondió ella.

—No, no es lógico. Si no le importa que tú mueras, tampoco debería importarle que llegases hasta la bomba. Y, sin embargo, parece que ha hecho de este detalle una especie de cuestión de honor.

—Eso son tonterías —farfulló Nattlo—. En el presente caso, ni siquiera su excelencia puede constituir una excepción.

—Ella menos que nadie —sonrió Darcy.

Dolly se sentía terriblemente intrigada por unas palabras que no entendía en absoluto.

—Me gustaría saber qué es lo que tratas de decirme —solicitó.

—Aguarde un momento, por favor, Nattlo; aunque seamos sus prisioneros ¿le impiden sus órdenes obsequiarnos con una bebida reconfortante? Café, por ejemplo...

—Oh, no hay inconveniente. Ksarvus, tráeles café.

—Está bien.

—Y ahora, Nattlo, explíquenos usted cómo se construyó esta caverna —pidió Darcy—. Díganos también qué hicieron para perforar un túnel de más de quinientos kilómetros y dónde arrojaron los treinta millones de toneladas de escombros.

—Bien, lo primero que debo decir es que yo llegué cuando ya estaba todo listo —declaró Nattlo—. No obstante, ustedes pueden comprender fácilmente la poderosa maquinaria que se necesitó utilizar para la excavación.

»Naturalmente, primero se reacondicionó la vieja mina y luego la maquinaria vino en piezas. Pero creo que eso no es muy difícil de entender. En sustancia, toda perforadora no es sino una barrena. Lo que cambia es el diámetro y la potencia del generador que la mueve.

—Sí, muy cierto —convino el joven—. Lo de la maquinaria, aun a grandes rasgos, queda sobradamente aclarado. Pero ¿qué me dice de los escombros?

Nattlo sonrió.

—¿No han visto la chimenea que hay en el exterior? Es la salida de un pozo que no se utiliza y que comunica con el «Big Hole». Los escombros eran subidos hasta ese pozo y allí, en un horno especial, convertidos simplemente en humo. No fundidos, sino vaporizados, para que acaben de entenderlo. El horno está en la base de la chimenea y es de características especiales, lo cual les explicará las grandes dimensiones de esa chimenea.

—¡Admirable!—exclamó Darcy—. Me siento un enano ante esa tecnología tan adelantadísima. ¿Cómo funciona el ascensor?

—Antigravedad.

—¡Oh, qué maravilla! —Darcy se volvió hacia la muchacha—. En Syppharion hay unos científicos de primera. Debes sentirte orgullosa de haber nacido allí.

—Después de lo que he visto, me avergüenzo de ser sypphariana —contestó ella abruptamente.

—Por favor, querida; esto que han hecho tus compatriotas es algo único. Si yo hubiese nacido en Syppharion... Bien, rebosaría de tanto orgullo, que haría estallar las costuras de mi traje.

Nattlo soltó una risita de complacencia.

—Allí sabemos hacer bien las cosas, sí, señor —dijo.

—Hay algo que me gustaría saber —continuó Darcy—. Nattlo, ¿no se aburren ustedes aquí abajo?

—Un poco, ésta es la verdad; pero nos relevan cada cuatro semanas.

—El sueldo es bueno... Lástima de cierta clase de distracciones que aquí brillan por su ausencia.

—¿Qué distracciones?

Darcy le guiñó un ojo.

—Chicas —contestó.

—Está prohibido severamente.

—¡Qué barbaridad!

Ksarvus entró en aquel momento con la bandeja en las manos.

—El café —anunció.

—Hombre, ya era hora —exclamó Darcy—. La verdad, esta espera empieza a ponerme nervioso. Fíjese, Ruai tardará dos horas en llegar a la mina y, al menos, otro tanto en alcanzar este lugar, de modo que...

Ksarvus se inclinaba en aquel momento para dejar la bandeja sobre una mesita auxiliar. Súbitamente, Darcy disparó el pie derecho.

La bandeja saltó por los aires y la mayor parte de su contenido fue a parar a la cara y al pecho del vigilante. Ksarvus lanzó un aullido de sorpresa y se tambaleó.

Antes de que pudiera reponerse, Darcy se arrojó sobre él y le pegó un formidable empellón con ambas manos, lanzándolo hacia atrás con indescriptible violencia. Nattlo se incorporaba en aquel momento, dispuesto a utilizar su pistola.

El cuerpo de Ksarvus le golpeó de lleno. Nattlo se tambaleó

violentamente. Un movimiento reflejo hizo que apretase el pulsador de su pistola y la descarga alcanzó de lleno a su compañero.

Ksarvus se contorsionó horriblemente. Darcy no se había detenido y continuó el ataque. Nattlo había caído al suelo, empujado por su compañero y gateaba en busca de la pistola.

El pie de Darcy actuó de nuevo y golpeó despiadadamente un costado de su adversario. Nattlo lanzó un chillido de angustia y dejó de ocuparse de la pistola.

El arma pasó inmediatamente a poder de Darcy. Jadeante, pero satisfecho, retrocedió unos pasos, mientras Dolly le contemplaba con ansiosa expectación.

—Levántese, Nattlo —ordenó—. El panorama ha cambiado un poco, me parece.

Nattlo obedeció, con la furia pintada en su rostro. Miró un instante a Ksarvus, quien yacía en el suelo, hecho un ovillo y luego se encaró con el joven.

—Dispare —exclamó—. No tengo miedo a morir.

Darcy lanzó una carcajada.

—Me agradan los hombres valientes —dijo—. Pero no temas; ni voy a matarte, ni tampoco te obligaré a que nos digas algo que, por supuesto, ignoras. Simplemente, me bastará inutilizarte… con algo de cuerda. ¿Dolly?

La chica reaccionó y se puso en pie de un salto.

—Sí, Darcy —exclamó.

Minutos después, Nattlo yacía en el suelo, atado de pies y manos. Darcy comprobó la solidez de sus ligaduras, a fin de evitar sorpresas desagradables.

—Muy bien, y ahora, Dolly, ven y sígueme.

La chica obedeció. Darcy la agarró por un brazo y la situó frente a la bomba.

—Dolly, quiero que reflexiones sobre algo que voy a decirte —manifestó—. Ruai estaba dispuesto a matarte, pero, al mismo tiempo, no quiere que llegues a la bomba. Es decir, no le importa que tú mueras si la Tierra se convierte en cenizas. Ahora bien, lo que no le

interesaba en absoluto es que llegases hasta aquí. Parece una actitud incongruente, ¿no es así?

—Cierto —admitió la muchacha—. Creo que mencionaste algo, pero no quisiste seguir adelante…

—Porque quería llegar hasta este lugar. Y debías venir conmigo, ya que, de otro modo, mi presencia en esta caverna no tendría sentido, sin ti. Dolly, tú conoces la clave para desarmar la bomba.

* * *

Durante unos segundos Dolly se quedó como paralizada por el asombro, incapaz de reaccionar. Trataba de forzar su mente, a fin de hacer inteligibles las palabras que acababa de escuchar, pero le parecía una tarea superior a sus fuerzas.

Al fin, dijo:

—Darcy, yo jamás había oído hablar de la bomba. Nadie me dijo absolutamente una sola palabra en Syppharion, ni siquiera mi primo, el emperador. Lo único que me pidieron fue que representase dignamente a mi planeta…

—Veamos —sonrió Darcy—. Trata de recordar las últimas jornadas que pasaste en tu casa. ¿Qué sucedió?

—Nada. Todo transcurrió normalmente…

Darcy tenía los ojos fijos en su rostro, de modo que ella acabó por sentirse incómoda. De repente, Dolly pareció recordar algo.

—Espera —dijo—. Sí, hubo una especie de fiesta íntima… Asistimos todos los miembros de la embajada, incluso Ruai, por supuesto, y también el embajador saliente, que es quien debió de comunicar al gobierno terrestre lo que sucedía… No sé qué me sucedió y me desmayé… Estuve unas horas inconsciente… Cuando desperté, me vi en la habitación de un hospital, con muchos aparatos… Dijeron, que se habían visto obligados a hacerme un electroencefalograma, pero los resultados habían sido negativos y mi estado de salud era perfecto. El desmayo se debía a una excesiva dosis de alcohol… pero yo apenas lo probé…

Darcy sonrió.

—Me imaginaba algo parecido —dijo—. Dolly, mientras dormías, alguien te aplicó un aparato de hipnopedia, esto es, enseñanza durante el sueño, y así te hicieron conocer la clave para desarmar la bomba. Es

más, seguramente lo recordarás todo cuando hayas quitado esa tapa tú misma, porque nadie más podría hacerlo sin provocar la ignición.

CAPÍTULO XII

Dolly se sentía atónita al escuchar las palabras de su acompañante. Le parecía algo fantástico, increíble, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta con toda claridad de que Darcy no había hecho sino expresar la realidad de las cosas.

—De todos modos —exclamó—, hay algo que no acabo de entender, Darcy.

—Dime, cariño.

—¿Por qué he de conocer yo la clave precisa para desarmar la bomba? Parece absurdo, ¿no crees? Está aquí, pueden hacerla estallar por medio de una señal de radio...

—Indudablemente, pero hay dos razones que abonan mi suposición —contestó el joven—. Primero, es una bomba cuya fabricación no debe de resultar precisamente fácil. Quizá un día pudieran necesitarla en otro sitio... y segundo, puede suceder también que, más adelante, sojuzgado por completo el gobierno terrestre no la necesiten para nada y convenga desactivarla. Aun más: quizá, pasado el tiempo, sus mecanismos o las sustancias que provocarían el incendio de la Tierra, acaben por descomponerse y convenga sustituirlas. De todos modos, cuando se fabrica una cosa como ésta, siempre es útil tener a mano a una persona que conozca la manera de hacerla inofensiva.

—Sí, parece razonable —convino Dolly—. Pero ¿por qué he de ser yo la única persona que puede, no sólo desarmar la bomba, sino apretar el botón que permitirá la apertura de esa tapa?

—Apostaría algo a que hay también una clave de identificación sobre tu fórmula molecular personal. Es probable, incluso, que el mismo Ruai conozca la forma de desarmar la bomba, pero, en cambio, no podría abrir la tapa sin provocar la explosión.

Dolly asintió.

—Así tiene que ser, en efecto.

De pronto, alargó el índice, pero se detuvo cuando la yema estaba a un centímetro del botón rojo.

—Darcy, dentro de un instante sabremos si tus deducciones son

exactas —añadió.

—Si no lo son, no nos enteraremos, descuida.

Dolly apretó el botón a fondo. Entonces, la tapa giró a un lado.

Se oyó un grito de asombro.

—¡No hay más que una llave, Darcy! —dijo la chica.

Darcy sonrió, mientras contemplaba la llave metálica que aparecía en el pequeño hueco dejado a la vista por la tapa al girar. Era de un tipo corriente e, incluso, había una señal en forma de flecha, que indicaba el sentido en que debía dársele vuelta.

—Vamos, adelante —la animó Darcy.

Dolly alargó la mano. Asió la llave y la hizo girar. Un seco chasquido anunció el final del giro.

—¿Ya? —dijo con voz que era apenas un susurro.

—Listos—. Darcy la abrazó de pronto y la besó fuertemente—. Cariño, ya no hay peligro alguno.

Dolly flaqueó un poco. La tensión de los últimos momentos había sido excesiva.

—Perdóname, Darcy…

—Es lógico —rió él—. Bien, ya podemos marcharnos, Dolly.

La muchacha permaneció todavía unos instantes, con la cabeza apoyada en el pecho de Darcy.

—Ahora recuerdo… Sí, tuve un sueño y vi un lugar parecido a éste… Me vi apretando un botón rojo y dando media vuelta a una llave… ¡Espera! —chilló súbitamente—. ¡Falta algo!

Dolly se volvió bruscamente y agarrando la llave, dio un fuerte tirón. La llave salió de su encastre, arrastrando consigo un hilo metálico, muy delgado y brillante. Dolly tiró hasta que el hilo salió por completo, aunque su extremo quedaba sujeto al interior de la bomba.

Entonces, con dos dedos de la mano izquierda, hizo girar el hilo en sentido inverso al de la llave, tiró y lo sacó por completo.

—Ahora es cuando la bomba está desarmada por completo.

Darcy lanzó un profundo suspiro.

—¡Uf! —dijo—. Ya me parecía a mí demasiado sencillo…

De pronto, agarró a la muchacha por una mano y tiró de ella.

—Vámonos, hemos de ponernos los trajes antitérmicos —añadió.

—Darcy, tenemos un prisionero…

—Lo llevaremos con nosotros, convenientemente vigilado, por supuesto.

Nattlo rezongó y maldijo cuando supo lo ocurrido, pero la vista del revólver de Darcy le hizo callar en el acto. Resignadamente, se vistió el traje aislante y se unió a la pareja para iniciar la ascensión.

Mientras subían, Darcy estudió alguna de las partes de aquella plataforma, que era prácticamente un pistón moviéndose a lo largo de un émbolo de quinientos veinticinco kilómetros de largo. Pero aquel pistón disponía de escapes para el aire, ya que de otro modo no hubiera podido terminar su recorrido, por simple compresión.

Dolly le miraba intrigada, sin tener la menor idea de las intenciones del joven. Darcy estudió también la columna central, con sus asideros y el cuadro de mandos. Al fin creyó haber llegado a una conclusión.

Dos horas más tarde, llegaron a la caverna superior. Darcy entregó su revólver a la muchacha, después de haberse despojado sucesivamente de los trajes antitérmicos.

—Vigílalo, Dolly.

—Descuida.

Darcy salió de la cabina circular y buscó en algunos lugares de la caverna. Al fin, logró encontrar una caja de herramientas, con la que regresó a la plataforma.

Dolly se sintió llena de curiosidad y Darcy lo advirtió.

—¡No me mire a mí! —exclamó severamente—. A quien tienes que mirar es a Nattlo.

—Es muy feo —se quejó ella.

Darcy se echó a reír. Abrió la caja y sacó una llave inglesa y un destornillador, herramientas con las que trabajó activamente durante

unos minutos.

Al terminar, salió de la cabina y se apoderó del revólver.

—Apártese, Nattlo.

El individuo obedeció. Dolly se sentía terriblemente intrigada, ya que no comprendía en absoluto las intenciones de Darcy, cuyo revólver apuntaba a determinado lugar de la columna de control.

El arma detonó fragorosamente. De súbito, la plataforma se hundió en el vació, dejando un hueco de seis metros de diámetro.

—¿Qué… qué ha pasado? —exclamó ella, atónita.

—Simplemente, he desconectado el motor antigravedad —respondió él—. Pero no podía realizar la última operación a bordo de la plataforma, ya que, en tal caso, me hubiera hundido con ella.

—Comprendo. Nadie más podrá bajar ya al lugar donde está la bomba —dijo la chica.

—Exacto. Arrojaré también los trajes y…

—¿No se le ha ocurrido pensar que usted también puede ser arrojado al pozo? —sonó de repente la voz de Ruai.

* * *

Dolly lanzó un gritito de susto. Darcy se volvió lentamente.

—Ha llegado usted antes de lo que esperaba —dijo.

Ruai sonrió. Sus dos fieles sicarios, Grol y Kloil, se hallaban tras él, con sendas pistolas en las manos.

—Me he dado un poco de prisa, en efecto —admitió Ruai.

—Temo haber cometido un error —suspiro el joven—. No se me ocurrió fijarme en el ascensor que lleva a la superficie y que no estaba aquí…

—Hay errores que se pagan caros, amigo mío. Bien, usted nos ha causado un serio contratiempo, pero no es nada irremediable. Habrá que rehacer algunas cosas… en fin, cuestión de paciencia, virtud que, por fortuna, no nos escasea. Supongo que habrán desarmado la bomba.

—En efecto, así ha sido.

—Volveremos a armarla…

—Lo dudo mucho —exclamó Dolly repentinamente.

—¿Por qué? —preguntó Ruai.

—Según los conocimientos que me fueron transmitidos durante el sueño, una vez que la bomba es desarmada, queda completamente inútil. Las sustancias químicas que provocan el incendio de todo un planeta, empiezan a descomponerse inmediatamente. ¿Lo sabía usted?

Ruai se quedó desconcertado unos instantes.

—Nunca he entendido del todo bien el funcionamiento de esos artefactos —confesó—. Supongo que si no me lo explicaron del todo fue debido a una especie de compartimentación de funciones, pero eso no importa demasiado; haré que traigan otra bomba…

—Lo veo muy difícil. Syppharion no enviará más bombas a la Tierra ni a ningún otro planeta. —Dolly se adelantó, mientras hablaba con vehemencia—. Ahora ya conozco el secreto de la bomba y viajaré a los planetas que han sido miserablemente sojuzgados, a fin de enseñar a sus gobiernos la forma mejor de liberarse de esa esclavitud invisible. Hay analizadores de fórmulas moleculares personales; cada vez que encontremos una bomba, sabremos cuál es la persona que puede desactivarla sin riesgo de explosión. Y así, esa camarilla que rodea a mi primo, se verá desenmascarada y expuesta a la acción de la justicia, como corresponde.

El rostro del primer secretario aparecía de todos los colores, mientras sus ojos despedían llamas de fuego. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra más, Dolly se adelantó, hasta situar su pecho ante la pistola que empuñaba Kloil.

—¿Se atreverá a disparar contra mí, contra la prima del emperador? —exclamó—. ¿Y usted, Grol? ¿Deben obedecer a ese miserable a quien legalmente ostenta la representación de su majestad?

Los dos esbirros vacilaron. Darcy aprobó íntimamente la actitud de la muchacha. De pronto, Dolly, antes de que nadie pronunciase una sola palabra, alargó la mano y se apoderó de la pistola de Kloil.

—Grol, tire la suya al suelo —ordenó.

El sujeto obedeció. Entonces, Ruai reaccionó y, lanzando un aullido de rabia, se abalanzó sobre el arma.

Dolly vaciló, a pesar de que tenía una pistola en la mano. De súbito, cuando Ruai empezaba ya a incorporarse, Darcy saltó hacia adelante.

Sus dos manos se cerraron con fuerza irresistible sobre el antebrazo de Ruai. Luego, plantando sólidamente los pies en el suelo, ejecutó un giro de ciento ochenta grados.

Ruai se elevó en el aire, a la vez que lanzaba un grito de furor. Darcy lo soltó un instante después y el sujeto cayó primero y resbaló después por el pulimentado suelo de la caverna.

El impulso lanzó a Ruai a enorme distancia. Ruai braceaba y perneaba frenéticamente, sin conseguir detenerse. Pero, de pronto, atravesó la puerta abierta de la caverna y saltó al pozo.

Un horroroso alarido brotó de sus labios al darse cuenta de la terrible suerte que le aguardaba. Darcy corrió hacia el pozo, pero ya no consiguió hacer nada.

El grito se alejaba con creciente rapidez. Darcy se estremeció al pensar en la caída de quinientos veintitrés kilómetros que aguardaba al traidor. ¿Qué tiempo tardaría en llegar al fondo?

Moriría antes, pensó. Aunque el viento desplazado en la caída, produciría un cierto efecto de refrigeración, inevitablemente llegaría el momento en que la alta temperatura interna de la corteza terrestre haría sus efectos mortales en el cuerpo del sujeto. Ruai moriría antes del choque definitivo.

Abandonó la cabina y regresó junto a la muchacha.

—Has estado muy bien —dijo—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Solicitaré ser recibida por el presidente y le contaré todo. A partir de este momento, ha cesado la amenaza sobre la Tierra.

—Tendrás que enfrentarte con los tuyos en Syppharion.

—Eso será algo que haré con mucho gusto. Mi primo tendrá que poner algo de su parte, si no quiere que una revolución le deje sin cabeza. A fin de cuentas, se trata de una pandilla con ambiciones sin límites. Syppharion es lo suficientemente rico para no tener que extorsionar a otros planetas.

—Esos individuos deberán ser castigados. Destruyeron un planeta.

—Serán castigados —prometió Dolly resueltamente.

* * *

Algunos meses más tarde, una hermosa joven se reunió con un hombre que, acompañado de un perro y con una mochila al hombro, caminaba por un sendero alejado de la civilización.

—Ya he vuelto —dijo Dolly.

—¿Todo bien? —preguntó el hombre.

—Todo bien. Los culpables han sido castigados, se han desarmado todas las bombas, hay nuevo gobierno en Syppharion... y yo estoy aquí.

Dos manos se juntaron.

—Para siempre —añadió Dolly.

El perro saltaba alegremente alrededor de la pareja.

Dolly rió, le acarició la cabeza un poco y luego se agarró con las dos manos al brazo derecho del joven.

—¿Adónde vamos, Darcy? —preguntó.

—No lo sé. ¿Tiene eso mucho interés?

—Estando a tu lado, ninguno —rio la chica.

De pronto, un aeromóvil se situó a escasos metros sobre sus cabezas. El torso del ministro N'Bomo asomó a través de la ventanilla.

—¡Fronn, tengo un trabajo para usted! —gritó.

—He dimitido, señor ministro —contestó Darcy.

—Pero es urgente...

—Busque a otro. Yo ya no quiero volver a mi puesto.

—Es una lástima —suspiró N'Bomo—. Se trata de una misión sumamente atractiva para un hombre emprendedor y aventurero como usted.

—Darcy ya no quiere más aventuras, ministro —contestó Dolly.

N'Bomo miró a la pareja y se echó a reír.

—Conque no quiere más aventuras, ¿eh? Ya me lo dirá cuando tenga que cambiar los pañales al primer crío... De todos modos, no

puede vivir sin trabajar; hace falta dinero...

Darcy movió la mano en sentido semicircular.

—Esto es todo lo que necesitamos —dijo—. Aire, sol, libertad... y ganas de vivir. Ni el dinero ni el futuro nos preocupa en absoluto.

—Así es —confirmó la muchacha.

N'Bomo asintió. Ya no quiso insistir más. Durante unos momentos, el aeromóvil permaneció en el mismo sitio. N'Bomo contemplaba melancólicamente a la pareja que se empequeñecía a lo largo del sendero flanqueado por árboles que proporcionaban una grata sombra. Sinceramente, envidió al hombre y a la mujer que habían sabido elegir su futuro.

Luego se reclinó en el asiento.

—A casa —ordenó al piloto.

Darcy y la muchacha caminaban apaciblemente. El perro, delante, meneaba la cola y se detenía para olisquearlo todo.

—Espero que hayas tomado la decisión acertada, Dolly—dijo él.

—Si no fuera así, me habría quedado en Syppharion —contestó la joven.

Darcy asintió, a la vez que le pasaba un brazo por el talle. Dolly apoyó la cabeza en su hombro. Cada paso que daban era un paso hacia un futuro en libertad y libre de toda amenaza.

FIN

